

LA NOVELA LIBRE

50
Ct



MARGARITA AMADOR

¡POR FIN TRIUNFANTES!

EDICIONES DE «LA REVISTA BLANCA»

	Rúst.	Pasta
MI DON QUIJOTE, Federico Urales. dos tomos . . .	5'00	7'00
RENACER, Federico Urales	2'00	3'00
SEMBRANDO FLORES, Federico Urales. Económica.	1'25	
SEMBRANDO FLORES, Federico Urales. Ilustrada.	2'75	4'00
LOS HIJOS DEL AMOR, Federico Urales.	1'50	2'50
LAS MÁRTIRES, Federico Urales	1'50	2'50
LA VICTORIA, Federica Montseny.	2'00	3'00
EL HIJO DE CLARA, Federica Montseny	2'00	3'00
LA INDOMABLE	1'00	2'00
LA MULATA, A. del Valle	1'25	2'25
LA REACCIÓN Y LA REVOLUCIÓN, Pi y Margall.	4'00	5'00
EL AVENTURERO DE AMOR, Han Ryner	2'50	3'50
NAUFRAGOS, A. del Valle	2'00	3'00
CANTIGA DE MONTAÑA, Elías García	1'00	
FLOR DESHOJADA, Federico Urales	1'00	2'00
ALMANAQUE DE «LA NOVELA IDEAL», 1927.	1'00	2'00
ALMANAQUE DE «LA NOVELA IDEAL», 1928.	0'80	1'80
«LA NOVELA IDEAL», veintiocho tomos. El tomo.		2'60
«LA REVISTA BLANCA», diez tomos. El tomo.		12'50
JESÚS ES UN MITO, George Brandés.	1'75	2'75
EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL CERVANTES. Han Ryner	2'00	3'00
LOS DEPORTADOS, Charles Malato.	3'00	4'00
ELISEO RECLUS. La vida de un sabio justo y rebelde, Max Nettlau, dos tomos. El tomo.	3'00	4'00

LA NOVELA IDEAL

Amenidad, emoción, interés, aventuras, amores. Publicación semanal. Treinta y dos páginas; número suelto, 0'20 pesetas. Suscripción semestre, 4'70 pesetas. Administración: Escornalbou (antes Guinardó), 37. — Teléfono 51780. — Barcelona

Bro Sp 900
355

LA NOVELA LIBRE

40

recte (41)

Margarita Amador

¡Por fin triunfantes!



Precio de suscripción de LA NOVELA LIBRE

Un semestre, 3 pesetas.



PUBLICACIONES DE «LA REVISTA BLANCA»

Administración: Calle Escornalbou (antes Guinardó), 37

Teléfono 51780 - Barcelona

Colecciones enteras encuadernadas o en números sueltos, a precios reducidos, de *La Revista Blanca* y de LA NOVELA IDEAL.

LA PRÓXIMA NOVELA SE TITULARÁ
FUENTE DE VIDA

DE A. F. ESCOBÉS

Hemos puesto a la venta el sexto tomo de LA NOVELA LIBRE. Los títulos y los autores de estas otras cinco novelas son: *En busca del amor*, por Ángela Graupera; *La aventurera*, por Federico Urales; *La sombra del pasado*, por Federica Montseny; *El pecado de Ana María*, por A. G. Gilabert; *La Cadena*, por Ángela Graupera. Los seis tomos a 3 pesetas cada uno. La encuadernación comprendida en las 3 pesetas, por su elegancia es digna de las novelas que abarca.

UNION GRAFICA, COOPERATIVA OBRERA. — Nueva de la Rambla, 45

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Ketzersgracht 264
Amsterdam-C.

I

Cuando Aurea llegó a la Plaza de Cataluña, quedándose perpleja no sabiendo qué dirección tomar, vacilando entre ir a esperar a su hermano o marcharse directamente a su casa. Como el reloj de pulsera le indicó que faltaba escasamente media hora para las siete, optó por encaminarse al ensanche de nuestra ciudad y esperar a Rafael a la salida de su trabajo.

Al llegar frente al edificio en donde la casa comercial «Lubrificantes, S. A.» tenía su domicilio social, púsose a pasear por la acera en espera de las siete. Mientras tanto su imaginación daba vueltas y más vueltas, sobre ingresos, sobre gastos, que por aquel entonces era la sola preocupación de la joven.

Pero Aurea era una mujercita a la cual los hombres no podían ver impasibles rondar por la calle, y más en actitud de esperar a alguien; de ahí que surgiera inmediatamente el pollo callejero lanzándole los mejores piropos de su repertorio.

— Mire usted, preciosidad: yo he llegado a dudar que hubiera ángeles en el cielo, porque tengo la seguridad que los mejores ejemplares están aquí en la tierra, que gracias a las mujeres se convierte en el mejor paraíso que soñarse pueda... ¡requetepreciosa!

Pero Aurea, que no era de las jóvenes que se achiacan, ya que tampoco tenía el porqué, le atajó.

— También yo dudaba que en este valle de lágrimas pudieran existir pelmazos como la muestra, pero ahora he salido de dudas; ¡lo que son las cosas!

— Y si usted ha salido de dudas, yo he salido de quicio, que no es posible que un ser humano al contemplar tanta hermosura no ponga nervios, a menos que no sea de aserrín...

Aurea sonrió satisfecha, porque, aunque con gesto

ceñudo, ¿a qué mujer no gusta que le dirijan bellas frases de cumplido?, y alejose algunos pasos.

En este momento oyéronse algunos timbres intermitentes que señalaban la salida, y Aurea dijo al importuno:

—Aléjese usted, porque ahí viene mi novio y no quiero complicaciones.

El pobre chico hizose a un lado compungido y vió como Aurea, radiante, se colgaba del brazo de su hermano Rafael, a quien creyó su pretendiente. Y cabizbajo, sin agallas y de mal humor, se alejó del lugar.

La risa fresca y lozana de la joven rompió entre el bullicio de la salida, a la par que Rafael le decía:

—¡A buen seguro que has hecho ya una conquista! Del modo que te ríes, es que se la pegas a alguien. ¿Hacía mucho rato que me esperabas? ¿Cómo se te ha ocurrido venir a mi encuentro?

—Pues mira, he salido de devolver mi trabajo a las seis dadas, y he pensado en darte una sorpresa; así regresaremos juntos a casa, después de dar una vueltecita.

—¡Bravo! Ya sabes que por ahora no tengo compromiso de acompañar a nadie, y siempre es mejor ir contigo que solo.

—Porque tú eres un hermano muy bueno, Rafael. No todos los hombres prefieren las hermanas que a cualquier mujerzuela que por ahí se cruza, y yo te lo agradezco.

Los dos hermanos, dándose el brazo, caminaban despacio, cuando les pareció que unos pasos reiterados sonaban a su espalda, y Rafael volvió la cabeza.

Cruzóse en este momento con la pareja un hombre como de unos cuarenta a cuarenta y cinco años, algo obeso y con un diminuto bigote que le daba un aspecto asaz grotesco de títere. Sus ojos menudos y saltones posáronse insistentes sobre Aurea, siguiendo sus pupilas todo lo largo del cuerpo y recreándose en su contemplación más de lo necesario. Al mismo tiempo saludó ceremoniosamente y les tomó la delantera.

—Oye, tú: ¿quién es este «dinosaurio» tan bien educado?

—Nada menos que el director de nuestra Compañía. Se conoce que nos venía siguiendo, y hasta me parece... me parece que le has gustado. He visto un pliegue en su boca que sólo aparece cuando las acciones de la Compañía han ganado algunos puntos. De manera que le has dejado satisfecho.

—¡Si al menos eso sirviera para el ascenso!

—No digas disparates, que no poco lubricante se necesita hoy para ascender...

Y ambos quedaron mohinos, como sintiendo pesar por aquel encuentro. Cuando llegaron a su casa, cambiaron de ropa y, una vez preparada la cena, conversaron aún sobre la personalidad de aquel hombre que Aurea calificaba de «bicho raro».

—Creo que es soltero, avaro y lleno de líos. Lo que sucede es que tiene muchísimo dinero, y en la Compañía no se hace nada sin su aval, sin su firma y sin su consentimiento. El es quien todo lo maneja, y basta estar bien con él para que la situación cambie por completo; sin embargo, es un sujeto que no me gusta ni poco ni mucho.

—Ni a mí. Cuidado que yo no me arredro por si me miran y hasta si me comen con los ojos; estoy acostumbrada a estos escarceos, y con mirarlos muy fijo sosteniendo la vista... el hipnotismo hace su efecto, y ya comprenden con quien han de luchar; pero la verdad es que este tío de director... no es como los demás. A este, su mirada es tan insolente, tan provocativa... No sé, no había dado aún con un hombre menos simpático que este.

La conversación zozobró aquí, y una vez terminada la jornada fuése Rafael hacia su cuarto para deleitarse con la lectura, y Aurea tomó de nuevo su labor de bordado que debía entregar el día siguiente.

Contaba Rafael tres años más que su hermana y ésta tenía veintidós. Hacía cuatro años que se había muerto su madre, quedando los hermanos solos en aquel pisito, donde antaño lució el más puro cariño de una madre y el amor filial más acendrado. Pero, trabajadores ambos, jóvenes, con un mundo por delante, no se arredraron y empezaron a luchar por la

manutención, y ganaban con el sudor de su frente el pan que de continuo amarga, por lo mucho que ha costado ganarlo.

Sin embargo, como herencia maternal poseían aquel amor que les unía, aquel respeto mutuo que nos hace perdonar los defectos ajenos y engrandecer las virtudes del que los posee. Y aunque sin dinero, pero con las manos ágiles, pronto vieron que el hogar se realzaba y que el trabajo constituía el patrimonio más seguro de la humanidad.

Aurora, o mejor Aurea como siempre la habían llamado su madre y hermano, poseía a sus veintidós años un cuerpo esbelto y un talle perfecto. Su rostro se levantaba como a las mil maravillas sobre sus hombros de tallado escultural, y sus ojos, de un negro puro de azabache, sonreían siempre, a conocidos y a extraños, con reflejo innato de bondad. Su sedosa cabellera, compuesta de rizos rebeldes sin ley de peine, encuadraban a su gusto el óvalo de su cara y saltaban cuando se les quería aprisionar artificiosamente. Huérfana, pues, y en lucha constante por la vida, no era de aquellas chicas que se avergüenzan de cualquier fenómeno natural de la existencia y sabía comprender muy bien lo que de ella deseaban los hombres y lo que ella podía y debía desear de ellos. Que cuando la Naturaleza florece en deseos de carne, son deseos justificados, y querer negarles una tontería, pero acallarlos, un deber, para satisfacerlos luego con pleno conocimiento de causa.

No es, pues, de extrañar que Rafael, poseyendo una hermana como Aurea y habiendo crecido en el mismo ambiente, fuera un joven de fondo excelente y trabajador a toda prueba, viviendo en la más completa armonía.

Y he aquí detallado sucintamente el hogar de los dos jóvenes, libre de rivalidades y de envidias de cualquier género.

II

Pasaron días, semanas, algunos meses. En el pisito de Aurea nada ha cambiado, pero el aspecto de ella y el de su hermano no es el mismo. Cuando viene al mediodía de su trabajo, come inconscientemente y de prisa, sin apetito, y a menudo levanta la voz en son colérico como jamás le conoció. Por las noches sale diariamente, de juerga sin duda, puesto que regresa tarde y a menudo en estado lamentable. Por nada arma una ventolera y no tiene para ella la frase mínima de cariño que antes le prodigaba. A todo esto, Aurea sufre y calla, y cuando, solicita, trata de arreglar las cosas, las frases duras y cortantes de su hermano hacen que retroceda para no llevar el asunto a un terreno resbaladizo y peor.

¿Dónde está aquella armonía de antaño, que era la envidia de todos los vecinos y conocidos? ¿Qué mal viento ha soplado en el hogar?

Pero pronto dió Aurea con el quid del asunto. Era una noche tormentosa, cuando Rafael, a pesar de los ruegos de su hermana, se empeñó en salir. Estaban discutiendo el caso, cuando llamaron a la puerta, y Aurea, sorprendida, atemorizada por la aparición, quedóse inerte en la puerta sin dar crédito a sus ojos. En el umbral apareció el «bicho raro», como ella le llamó un día, el director de la Compañía, el amigo de su hermano que ella suponía existía, pero que nunca hubiera supuesto que el tal amigo fuera el director en persona.

Este empujó la puerta y, saludando con ceremonia, miró de arriba abajo a Aurea. Y la miró, como el día del encuentro, con sus ojillos saltones e inquietos; deslizáronse sus ojos por el cuello marfilino de la joven, acariciaron sus pechos, le rodearon el

talle y terminó el examen junto a las caderas. Aurea sintió resbalar aquella mirada preñada de deseos, y sus ojos se posaron sin pestañear en los del director. Le miraron con la máxima fuerza de que son capaces de hacerlo unos ojos de mujer; le retaron y le invitó a pasar con ademán austero.

— ¿Viene usted a buscar a mi hermano?

— Sí, señorita, puesto que la noche es tormentosa y he pensado que con mi auto es más cómodo poder ir donde se nos antoje. Ya le habrá contado su hermano que por las noches nos encontramos y nos divertimos a nuestra manera. ¡Qué caramba! Yo soy soltero y estoy en mi derecho, como así Rafael, que me ha resultado un chico muy simpático. ¿No le ha notificado su ascenso?

— No comprendo desde cuándo usted ofrece tantos favores a mi hermano, quien, en cambio, nada puede otorgarle de su parte, y como hoy día es incomprensible un desinterés como el de que usted hace gala, le estimaría que me dijera a santo de qué viene tanto altruismo.

Las frases, punzantes como dardos, dieron en el blanco, pero el hombre rechoncho no se intimidó.

— Rafael, después del encuentro que tuve con ustedes, me explicó la vida que llevaban usted y él desde que quedaron huérfanos. Me pareció usted una joven a las que debemos ayudar y, empezando por Rafael, le he ofrecido mi apoyo y mi amistad. Nada de interés ni por una parte ni por otra.

La cólera iba apareciendo por grados en el rostro de Aurea, mientras Rafael, pretextando un cambio de traje, dejó solo a su amigote Rodolfo, el director, con su hermana.

— ¿Y a esto le llama usted ayuda y apoyo? ¡Llevarse por esos andurriales a un chico que a la mañana siguiente ha de formar, haciendo que su salud decaiga y que adquiera los vicios de un golfo, llevándole beodo a mi casa, haciéndole compañero de juergas para ofrecerle un ascenso que paga tan caro! ¡Si eso ha de merecer gratitud, sepa desde este momento que le odio con toda mi alma, y que yo

sabré arrancar a mi hermano de las garras de usted! ¡Y no quiero arrojarle más calificativos porque con arrojarlo de mi casa hay suficiente!

Y, uniendo la acción a la palabra, abrió la puerta de par en par. Rodolfo, sin embargo, no salió. Se acercó a la joven y, con acento que sonaba a falso, le replicó:

— ¡No vaya usted tan aprisa! Que si hoy me echa, algún día vendrá a buscarme. Pues bien, sí, debo confesárselo: desde que la vi a usted, me gustó, y he pensado en hacerla mi esposa... Mi esposa, ¿oye usted? Se casará usted conmigo de grado... porque como a final de cuentas soy un hombre como el que más, que puede ofrecerle dinero y un fortunón, o por fuerza, porque a la fuerza también ahorcan, y me lo he propuesto yo, y sería la primera vez que no saliera con la mía. Ya lo sabe, mi bella; nada de remilgos, que si me sabe usted llevar hará de mi un cordero, puesto que yo, por usted... — y, acercándose rápido, trató de estrecharla contra sí.

Un tremendo bofetón resonó en la estancia, y Aurea le interpelló, gozosa:

— Pues haría usted de mí un león. A mí no me amansa usted ni con su dinero ni con su persona.

Rodolfo, con la mano en la mejilla, furioso, congestionado, gritó a Rafael:

— ¡Te espero en la Bombi...! Nada ha sucedido. Hasta luego.

Y perdióse su cuerpo por lo oscuro de la escalera.

Aurea tenía confianza aún en su hermano. Descompuesta y previendo los manejos de aquel miserable, probó de llegar a su corazón:

— Rafael... ten compasión de tu hermanita. De tu hermana que siempre te ha querido bien. Acuérdate de nuestra madre, rehuye a este hombre y sálvame, que lo que pretende él es poseerme a mí, quiere mi cuerpo, y, si tú no te muestras valeroso, nos sitiará por hambre y habré de pasar a su poder, y eso... eso no te lo perdonaría jamás. ¿Verdad que lo harás, Rafael?

El joven pasaba por las alternativas de acceder, de

pedirle perdón, de querer ser fuerte, pero cuando pensaba en su amigote, que tenía sobre él un ascendiente tal, todos los buenos propósitos zozobraban.

— ¡No vayas, Rafael, no vayas; hazlo por mí!

— Iré, Aurea, para que no me crea un cobarde. Iré para decirle que todo esto terminó, que me deje en el sitio que ocupaba y que no quiero ascenso a este precio. Iré para mostrarme un hombre... ¿No tienes confianza conmigo?

— Ve, pues; ve, y no hablemos más de este asunto, que maldigo el día en que se me ocurrió esperarte a la puerta del despacho y la hora en que se cruzó conmigo este tío indecente.

Y, a pesar de la noche fría y tormentosa, se alejó Rafael hacia la Bombi, donde debía encontrar a Rodolfo Zaldívar, su director y amigo de juergas.

III

Aurea pasó aquella noche llorando, y en su mente pasó y repasó el diálogo habido con aquel sujeto de mala memoria. Esperó la llegada de su hermano, y a medida que las horas transcurrían veía con más claridad que el juego de aquel hombre era seguro, puesto que sabía manejar a su antojo a su hermano y éste no sabía resistirle como debiera. Como sea que hasta entonces había sido el director, le tenía respeto, que éste aprovechaba para sacar de él todo cuanto pretendía, mientras que el empleado, viendo de una parte los favores que recibía de su superior, no se sintió con fuerzas para rehusar tanto galardón.

De aquella noche, pues, dependía el que Aurea, presa entre las redes del director de «Lubrificantes, S. A.», tuviera que declararse vencida.

Habían dado las seis cuando regresó Rafael a su casa. La mirada torva, el cabello en desorden, pronunciando frases incoherentes. Aurea no pudo, pues, interrogarle, y sí únicamente ayudarle a ponerse en cama. Había vencido el malvado, y por ese camino, ¿dónde irían a parar?

Como si nada hubiera sucedido, fueron llevando la misma vida, hasta que un día los ojos de Rafael adquirieron un tinte metálico y no podían resistir la mirada de Aurea. Aquella noche no salió y, encerrado en su cuarto, sentía Aurea como marchaba de un lado a otro de su habitación presa de un nervocismo sin límites. Algo había sucedido, y se aventuró a preguntárselo.

— Soy el más infame de los hombres, Aurea. Lo reconozco ahora, cuando las cosas no tienen remedio, cuando he echado por la borda lo que quedaba en mí de hombre. Jugaba sin cesar, y casi siempre me

desquitaba; algunas noches perdía, pero otras ganaba, y quedaba en el mismo terreno. Pero hará algunos días que la mala suerte me perseguía, perdía siempre... Quería arriesgar más... Sólo pensaba en que ganaría de vez en cuando, y por último quedé deudor de una importante cantidad. El individuo en cuestión me acosaba. No sabía qué partido tomar, y por último, por último... —y la voz de Rafael quebróse en su garganta, sin poder continuar.

—Y por último, ¿qué has hecho?

—He falsificado un cheque con la firma de Rodolfo. Tenía el cheque en mi mano y pensaba en devolver la cantidad, pero todo inútil. Pagué mi deuda de honor, ¿por qué se le llamará honor a eso?, pero ahora, de un momento a otro... ¿oyes, Aurea?... de un momento a otro, en cuanto llegue el balance del Banco, soy descubierto y seré llevado a la cárcel por falsario. ¿Por qué no creí tus consejos, Aurea? ¿Comprendes ahora por qué no vivo, ni como, ni duermo y es mi vida un tormento continuo? ¡Cuán loco fuí, cuán loco!

Y, mesándose los cabellos, sollozaba como un niño.

El corazón de la joven iba a estallar, y al ver el desconsuelo de su hermano no encontraba palabras para hacer renacer la energía necesaria para la lucha.

—Tú no irás a la cárcel... no irás porque aquí estoy yo; pero puede bien reírse Rodolfo del éxito obtenido en la aventura. Mas, oye, Rafael, no eres tú el que está preso entre las mallas de este juego, sino yo la que debo romper la trama que te ha de enviar a la cárcel. ¡Pobre iluso, que no has visto la fechoría que se cernía a tu alrededor, que queriendo a tu hermana la has empujado hacia un abismo de donde no sé cómo saldré! Pero a lo hecho, pecho, Rafael; ánimo y a luchar.

—No puede haber lucha, Aurea; no puede haber lucha porque mi conducta ha sido malvada. Ahora veo que Rodolfo no tendrá compasión de mí. Mi nombre, mi situación... Vas a quedar sola... —y las frases salían entrecortadas de su garganta.

—Ahora a descansar. Déjame esta noche para re-

flexionar, y mañana por la mañana, antes de irte al despacho, habré tomado una decisión.

—Es que yo no quiero, ¿lo oyes? Yo no permitiré jamás que tú te sacrifiques por mí. Soy yo el que debe tomar la resolución, soy yo el que mañana se lo contará todo a Rodolfo, y veremos si el que hasta ahora se ha llamado amigo mío me ayuda a salir de esta o me precipita en el abismo. Pero en manera alguna consentiré que tú, tan buena, te cases con un hombre como el director; eso, jamás. Soy yo el que debe purgar una falta que hasta este momento no veo clara, que hasta ahora, que ya no hay remedio, se me aparece con todas sus consecuencias. ¡Ay, hermanita, y qué mal he seguido los consejos de nuestra madre!

—Basta de lamentaciones, Rafael. Hasta ahora estabas obcecado y no viste de lo que se trataba. Sólo yo, desde el primer instante, vi el temple de este tipo y lo que se proponía. Pero ahora, que ya ves donde hemos llegado, no es cuestión de mirar hacia atrás, sino hacia delante. ¡Animo! No me hagas emplear la tan cacareada frase histórica: «Llora como mujer...». Ya sé que se trata de defender como hombre la honra de tu hermana.

Y salió de la estancia para reflexionar a sus anchas el camino que debía tomar y el sacrificio que debía imponerse para evitar a su hermano el dolor de verse pudrir los huesos en una cárcel inmunda, que con más razón y más justicia le hubiera sido adjudicada al malvado Rodolfo, que por el solo mérito de poseer dinero arrojaba a una familia honrada a la miseria.

IV

Aurea miraba con más impaciencia el reloj a medida que los minutos pasaban. Hubiera querido que el tiempo restara en suspenso y que la hora fatal no llegase; pero como es ley que el tiempo transcurra veloz en las horas felices y lento en las aciagas, por esto Aurea comprobó que, a pesar de sus deseos, el momento se acercaba raudo.

Y el timbre de la puerta la sacó de sus reflexiones afrontándola con la amarga realidad bajo la forma de un hombre obeso, ojos pequeños de mirar penetrante y manos gordinflonas patentes de linfatismo.

— Buenas tardes. Me ha dicho su hermano que deseaba usted hablar conmigo, y a eso he venido. ¿Qué desea usted de mí?

— Mire usted, Rodolfo: como sea que ambos estamos en antecedentes de la situación, vamos a ir al grano, ¿no le parece? ¿Para qué perder tiempo? Dígame usted al precio que me deja el cheque falsificado por mi hermano y estaremos al cabo de la calle.

— ¡Valiente manera de enfocar el asunto, Aurea! Me huele esto a transacción comercial; pero puesto que usted lo desea, el precio límite es usted, Aurea. Estaré bien pagado en recibir su bello cuerpo entre mis brazos y poseer la dicha de hacerla mía. Desde que la vi con su hermano, crea usted que mi único pensamiento ha sido el minuto, que considero ferozmente feliz, de estrujarla sobre mi pecho y saciar con usted un amor que no me deja en reposo. Es usted una mujer perfecta, y a pesar de haber pasado por mis brazos a docenas de mujeres, ni una hizo nacer en mí este deseo, que me acucia, que me avasalla, sentimiento que, con el orgullo de usted, se ha acre-

centado, no haciéndome reparar en medios para lograr mi deseo.

— Ya se ha visto. Para llegar usted hasta mí, ha empleado los medios más depravados y los más refinadamente asquerosos.

— El fin justifica los medios. ¿Sabe usted otra manera para hacerla doblegar a usted?

— En efecto, si no es por la fuerza bruta, no hubiera usted llegado donde perseguía. Aunque pobre, no me hubiera tentado el dinero de usted.

— Porque la creo, he adoptado este camino.

— Pues bien; ya que es necesario, me doblego, pero con una condición que voy a detallarle. Como sea que nuestro contrato de compraventa tendrá lugar directamente entre los interesados, querrá usted dispensarme la mojiganga de llevarme a una iglesia y exponerme ante un hombre a que le diga si le quiero o si no le quiero a usted. Mis padres no necesitan de este requisito para llevar una vida ideal y para adorarse, y de mi parte he tenido siempre el convencimiento de que atar el corazón con papeles y firmas era una cosa tan ridícula como innecesaria y poner por testigo a estatuas de madera es algo que colma la medida. Si yo he de ser su mujer, déjeme usted al menos disponer de mi existencia como me plazca y no me obligue a una ceremonia que me da asco; cuando yo me entregue, puesto que ha de ser a la fuerza, no haga que intermediarios con sotana vengan a legalizarlo, que siempre había soñado darme al hombre siguiendo los dictados del corazón, sin fiscal de mis actos. Además, creo que esto ha de ser del agrado de usted, ya que sólo persigue poseerme, sin reparar en benevolencias.

El acento en que fueron dichas estas palabras no dejaban lugar a dudas. Rodolfo, nervioso, ante el sesgo del asunto, se mordía el labio inferior con rabia mal reprimida.

— Cierto que no esperaba de usted, Aurea, tanta cordura y tanta comprensión. Me había figurado en un principio que era usted de esta clase de jóvenes a quienes un cúmulo de prejuicios les ahoga, y que

antes no se entregan está ya tan manoseada la idea del hogar a base de una bendición, que cuando se acuestan con el marido el deseo ya no existe. Sólo les preocupa la ceremonia, y el acto principal queda, para mejor defraudarnos la persona que hemos unido a nosotros. Pero...

— ¿Luego existe un «pero»...?

— Existe, y grande. Y es que yo no puedo acceder a la proposición de usted. A pesar de conocer cuánta razón le asiste, no cederé sobre este punto, y quiero que usted, ¿lo oye bien, Aurea?, quiero que usted de mi brazo vaya a la iglesia y antes haya pasado por el registro, y tenga lugar la ceremonia con todos los detalles para su validez.

— ¡Pero esto es inaudito! ¿No dice usted que comprende y opina como yo? ¿No ve usted que para unirme con un hombre, sea quien sea, no necesito una tercera persona?

— Sí, sí, tiene usted razón, pero no le vale. Este caso que usted me pinta es el caso de la joven que ama a su novio; es el caso de cuando el corazón interviene y se entrega para entonces hacer una vida felicísima; lo que usted pretende es, sencillamente, el verdadero matrimonio; pero esto... esto entre nosotros no cabe. Con franqueza, dígame usted Aurea: ¿me quiere?

— Le odio, le aborrezco.

— Bien, no es ninguna novedad: se entregará usted a mí por la fuerza... Luego, necesito también una fuerza que la retenga a mi lado.

— ¿Y esta fuerza será...?

— La ley.

— No olvide que hay un adagio que dice: «Hecha la ley...».

— Ya veremos la trampa. Pero necesito que haya algo, algo que la retenga a mí, que le obligue a permanecer a mi lado, que la ate...

Las mejillas de Aurea tomaron un color lívido, y, de no haberse apoyado a tiempo, su cuerpo hubiera cedido, tanta era la emoción de cólera al oír las frases del director de su hermano.

— Así, quiere usted una esclava, desea usted la mujer de por vida para que sufra sus veleidades, sus caprichos, sus insultos. Usted quiere el máximo refinamiento en el dolor, y mientras a mí la ley me obligue a saciar sus instintos, la ley no me apoya para que le pueda enviar yo a paseo. ¡Esto es demasiado! No tiene usted suficiente para que le entregue mi cuerpo virgen, que aun después llega el ensañamiento a que el mal perdure toda la vida. Si esto es la ley, maldigo la ley inhumana que de tal modo hace mella sobre las personas honradas.

— Razone usted, Aurea, Aurea querida — y sus brazos trataron de rodear el cuerpo juncal de la muchacha —. Si yo fuera joven, uno de estos jóvenes que por ahí pululan y que van piropeándola a usted, por supuesto que podría contar con su amor de haberle gustado, a buen seguro que podría usted entregarse a mí para gozar voluptuosamente de cuanto puede ofrecernos el cuerpo, con la seguridad que tras el deseo sigue el alma; pero yo ni soy joven, ni le gusto y me ha costado mis sudores hacerla mía... En tal caso no quiero que mi victoria sea flor de un día, y el día que usted deje mi techo quiero que la fuerza haga reintegrarla a mi casa... ¿Entendidos?

Aurea intentó resistirse; en su mente bullían mil ideas en defensa de sus ideales, mas también se le apareció su hermano, su querido Rafael entre las negruras de una cárcel, demacrado y lívido, sucumbiendo su cuerpo por el dolor físico y por el dolor moral, con alimentos malsanos y sin ningún cuidado. Eso no, eso no, que el malvado ha sido él por arrastrarle, y ante la idea única y exclusiva, pronunció la palabra final:

— Entendidos.

Y abriendo la puerta de par en par:

— Puede usted preparar todo cuanto juzgue por conveniente a fin de «legalizar nuestra futura situación» — y recalcó bien las palabras —, y cuando esté dispuesto todo, asistiremos a la representación de la farsa como protagonistas. ¡Ja, ja, ja! ¡Bonito va a ser, mi Rodolfo!... — y empezó a reír como una loca,

como si su imaginación hubiera dado un vuelco en su cerebro. Minutos después, algo más sosegada, replicóle: —No hace falta que venga usted aquí, a mi casa, pues no nos precisa conocernos, y sólo basta para el día del enlace. Entretanto, nada diga a mi hermano, ya que no quiero arriesgarme a que, en un momento de desesperación, haga cualquier disparate. ¡Hasta entonces! — dijo dando un portazo y cerrando la puerta tras Rodolfo, mientras caía en una silla, llorando con desesperación.

V

El tren no iba muy lleno y en el compartimiento de los novios tomó asiento una dama de blanca cabellera y un señor de mediana edad.

Aurea y Rodolfo, tomaron asiento junto a las ventanillas, distribuyéndose los periódicos para leer en el curso de su viaje.

La joven llevaba un bonito traje sastre color gris oscuro y un sombrero de fieltro cubría su hermosa cabecita. La chaqueta ajustábase a su cuerpo en forma tan perfecta que redondeaba sus senos y sus caderas de manera tan pulcra como elegante. Rodolfo, acicalado con un traje negro y reluciendo sus joyas, saltaba a la vista que era un gañán disfrazado, y de observar su mirada fría y el gesto de sus labios, veíase al lobo convertido en cordero por la fuerza del delirio que le atenazaba.

Aurea, inmóvil, con los ojos fijos en el periódico, inconsciente a cuanto había a su alrededor, pensaba sobre la situación que aquel día iba a crearse para ella. Recordaba el sainete cómico de la mañana, cómico por no decir trágico, que a veces los extremos se tocan, y el mirar voluptuoso del cura que le unía a aquel hombre. El buen hombre, con su blusa de randas, miraba a la novia como embobado, y sin duda deseando cambiarse con el feliz Rodolfo. Pero éste, que no se percató del acento y de la intención, le miraba compasivo, como diciéndole: «No se ha hecho la miel para la boca del asno». Música, flores, luces... ¿Y ahora qué? Más horror que nunca hacia lo que se aproximaba. Al salir de la iglesia fuéronse directamente para celebrar la comida íntima en el hotel, y con el mismo traje trasladáronse al tren para hacer su viaje a la ciudad luz. Esto fué del agrado, y así lo

eligió Aurea, con el fin de retardar el momento de su donación a lo máximo. Era un día más que lo encajonaba en el tren y lo mantenía a raya. Luego desfiló por su mente el beso de agradecimiento que le dió su hermano y las lágrimas de arrepentimiento que vio brillar en sus ojos. Por fin y como imagen de más consistencia, recordó el momento en que, ya su esposo, el director de su hermano le entregó el cheque hábilmente falsificado y causa de la villanía llevada a cabo. A los ruegos hechos días antes de su boda, sólo le respondía:

— En cuanto vengamos de la iglesia.

Y, en efecto, a su llegada de la parodia matrimonial, le había entregado el odioso papel, que Rafael hizo añicos, igual como había hecho con la felicidad de Aurea.

Todos estos recuerdos, uno por uno, fueron desfilando por la mente de la joven, mientras el tren volaba por las planicies catalanas.

Su cerebro, fatigado de tanta imagen, a cual menos halagüeña, se decidió abismarse en la contemplación del paisaje. Aldeas, pueblos, villorrios, ciudades, montes y ríos, todo, como en una cinta cinematográfica, iba desapareciendo de sus ojos después de embelesarle en su contemplación. Allá, tras los montes, veíase desaparecer el sol, el cual inundaba el paisaje de un color rojizo como un incendio decadente. Envió una mirada a los acompañantes de viaje. La buena mujer dormitaba y el caballero, nervioso, iba de un lado a otro para dominar el tedio que le invadía. Rodolfo, frente por frente, la miraba con ojos codiciosos, que, cuando los vio Aurea, hizo que rápidamente volviera a contemplar el paisaje.

La tarde declinaba. Apareció el bello golfo de Rosas y pronto estuvieron en la aduana con sus molestias y su maremágnum. Era noche cerrada cuando se trasladaron al tren francés que debía llevarles a París.

En éste, el panorama había cambiado. Los viajeros eran nuevos y con aspectos diferentes, como si al cambiar de país les hubieran cambiado el rostro y la indumentaria.

Rodolfo tomó esta vez asiento al lado de su mujer. En el otro lado del vagón, un joven como de veinticinco a treinta años miraba con fruición a Aurea, aunque su mirada era mitad admiración y mitad respeto. Un señor canoso, con una bolsa de viaje y una cartera de negocios, se entretenía haciendo números. La penumbra reinaba en el compartimiento, y un sopor invadía a todos ellos a medida que las horas pasaban lentas, devorando los kilómetros. Un sopor muy comprensible, que hizo que el señor canoso se durmiera definitivamente y que el joven antedicho pudiera contemplar sin ser tan visible el rostro de Aurea.

Rostro moreno, cabello ensortijado, vestido decentemente pero sin elegancia excesiva, Aurea lo calificó seguidamente de un hombre guapo. Muchas veces se encontraron sus ojos y chocaron sus miradas por pura casualidad... si casualidad puede llamarse al deseo que nos hace contemplar un objeto bello. A la joven le pareció que era español y, por su porte, que debía pertenecer a la clase obrera, o dependiente de comercio; de ahí, quizá, el que le fuera más simpático aquel rostro juvenil que delataba a la legua un buen chico. Este, de su parte, y viéndola acompañada de Rodolfo, supuso que se trataba de un matrimonio «por conveniencia», sin suponer ni remotamente que era un «matrimonio a la fuerza».

Pero a medida que la noche iba acercándose, la impaciencia de Rodolfo iba en aumento. Sentado al lado de Aurea, percibía el calor de su carne, veía los rizos rebeldes jugar al compás del viento que penetraba por la ventanilla y rozaba su mejilla; veía el perfil de la joven, con sus senos abultados bajo el esbelto cuello con hoyos a propósito para rellenar de besos; sus rodillas una sobre otra, y la falda sastré, estrecha, dejaba ver sus piernas esculturales tras la malla finísima de seda. Y Rodolfo, truhán y lujurioso, sentía que la impaciencia le roía las entrañas y que una noche es muy larga para pasarla en tal tormento.

Sus brazos rodearon el talle de Aurea y su rostro

se pegó al de la joven como para comérsela, diciéndole en voz baja, pero que podía ser oída:

—No puedo más, Aurea; esto es imposible. Quiero que seas mía. Dame un beso. Nadie se extrañará; al fin y al cabo, somos marido y mujer. Dame la mano...

—Deja, deja. ¿No ves que hay gente? Estamos en el tren. ¿Es que te vuelves loco?

—Sí, loco, loco rematado; pero yo no aguanto ni un minuto más. A la primera estación descenderemos. Pasaremos la noche y mañana reanudaremos el viaje. Pero eso es el suplicio de Tántalo. Te deseo, Aurea... —y sus manos, presurosas, estrujaban la bella blusita de etamina, tratando de apretujar la bella fruta en sazón que los pechos vírgenes de Aurea le ofrecían.

— ¡Quieres estarte quieto o grito! Nos están oyendo y tú demostrando ante el mundo todo que eres el hombre-bestia a quien los instintos dominan. No eres un hombre, eres un bruto. ¡Me das asco! — y unas lágrimas de rabia rodaron por su semblante.

Seguidamente sus ojos se cruzaron con los del joven sentado en la esquina del departamento, los ojos del cual delataban una lástima profunda.

En la penumbra del vagón, aquel destello de compasión que recibió Aurea le dió nuevos bríos para atajar los instintos de la bestia, bríos que necesitaba más y más para luchar con los arranques del lujurioso.

— ¡Es que eres mía, mía y mía! Grita si te da la gana, arma escándalo; yo les diré que te has casado conmigo y que ahora vienen los remilgos. Te van a mirar como una cosa rara; una joven que llegado el momento se hace la tonta. ¡Con lo que me ha costado de haberte! En cambio, si tú fueras humilde, si te entregaras como yo quiero, otra cosa sería; pero si quieres a la fuerza, ¡a la fuerza! — y en estado de verdadero embriagamiento la estrechaba con su brazo izquierdo por debajo de la chaqueta con fuerza inusitada.

Aurea levantóse de repente y dándole un empujón le tumbó sobre el asiento donde quedó agazapado

como un gato después de chamusquina. Abrió la puerta corredera del departamento y salió al pasillo, donde la soledad era absoluta. El silencio era únicamente turbado por los ronquidos de los pasajeros a quienes el duro asiento no les hacía mella y dormían como unos benditos como en la mejor cama.

Allí, con la frente pegada contra los cristales, propúsose poner orden a sus ideas. ¿Qué medio habría para escapar de aquel tuno?

El tren corría vertiginosamente y la obscuridad de fuera aparecía truncada por las radiantes estrellas y por algunas lámparas eléctricas señaladoras de pueblecitos, casas o albergues.

De pronto fué tanta su desesperación al pensar en la escena sucedida y al deducir la que se avecinaba, que una idea loca pasó por su cerebro. Todo antes que entregarse a aquel bruto, y dirigiéndose a la puercecilla del vagón la abrió con estrépito. Una racha de aire le dió en pleno rostro, haciéndola vacilar, pero cobró ánimo y dando un paso hacia atrás tomó fuerzas para lanzarse al espacio.

El tintineo metálico de los rieles indicaba el paso de un puente; era, pues, el momento propicio. Cerró los ojos y lanzóse, mas antes que su cuerpo hubiera despegado del suelo sintióse retenida fuertemente por unos brazos vigorosos, empujada hacia el interior, y oyó el estrépito al cerrarse la portezuela. La escena fué cuestión de segundos. Cuando Aurea abrió los ojos vió próximos, muy próximos a los suyos, aquellos otros del joven de su compartimiento, y sintióse abrazada tan dulcemente que no supo rehuir el abrazo que le volvía otra vez al mundo.

— ¡Déjeme usted morir! Ya ha podido darse cuenta de que soy desgraciada. ¡Déjeme, puedo y quiero disponer de mi vida a mi antojo! Usted no sabe la vida que me espera. ¿Por qué me ha detenido?

El joven del mirar zalamero apretó más hacia sí el cuerpo de Aurea, que apenas podía sostenerse en pie, y le habló con dulzura:

— Porque no puedo permitir que muera usted cuando, joven y bella, tiene una vida por delante. Si

hay que luchar, luchará usted, pero jamás debe darse por vencida mientras le quede un instante de fuerza.

—No me quedan ya fuerzas, joven. Le agradezco su intención; se la estimo, pero... ¿cree usted que debo darme a un tipo semejante? Ha sido por la fuerza que me ha arrastrado y ahora veo como una montaña imponderable mi acto. No tengo valor para consumir el sacrificio.

El joven había depositado a Aurea contra la puerta cerrada y la sostenía muy suavemente por la cintura.

—Lejos de mí pretender que se dé a un hombre como el que yo he visto fugazmente, cierto, pero que adivino con todo su sadismo. Pero yo puedo ayudarla, joven. ¿Quiere usted que le exponga mi plan y le ayude a sacudir su yugo? Yo nada le pido, yo no quiero recompensa, ni tan sólo agradecimiento, pero sepa que aquí hay el brazo y la voluntad de un hombre libre que la hará salir del atolladero en que se encuentra.

—¡Gracias, gracias, qué bueno es usted! ¡Pero márchese! ¡Si viene él!... Cuando note mi ausencia vendrá en mi busca, y si me encuentra hablando con usted... Váyase, ya lucharé sola, no quiero que se exponga por mí; usted me ha dado el valor que me faltaba, gracias...

—No hay miedo, se ha quedado dormido como un tronco al verse frustrado. No obstante, para evitar que despierte, vaya usted a su lado; yo le voy a escribir cuatro líneas dándole instrucciones y mientras usted toma conocimiento de ellas le vigilaré yo. Hay que hacer las cosas bien hechas. Ahora una pregunta: ¿tiene usted confianza conmigo? Si ha de ver algún recelo en mi proceder, expóngalo, que yo lo disiparé.

Aurea tomó las manos del joven.

—Me ha salvado usted de una muerte cierta, me ha injertado con sus palabras el valor que tan necesario me era, se ofrece para ayudarme... ¿qué recelo puedo ver en ello, sino el de que es usted muy bueno

y que no merezco ni esperaba tanto de un desconocido?

—Gracias. Así todo irá bien; aléjese sin hacer ruido.

Aurea cautelosamente se fué hacia su asiento. Rodolfo, con las piernas encogidas y el cuerpo encorvado, respiraba con fuerza en un sueño semiinconsciente jalonado de frases incoherentes. En el pasillo el joven estaba escribiendo unas líneas donde consignaba las indicaciones que debía dar a la joven. Cuando apareció las dejó caer en su regazo. Esta, entonces, muy quedo, se dirigió hacia la lamparilla del pasillo para tomar conocimiento de su contenido, quedando el joven inspeccionando a la bestia domada.

La corta misiva decía así:

«Dentro de media hora llegaremos a Tolosa; hay que hacer que esté dormido o que se aleje. Salte usted inmediatamente del tren y diríjase a la vía 4, de donde, con un minuto de diferencia, sale el expreso de Lyon. No se preocupe usted por dinero ni por ropa; sólo lleve su pasaporte; lo demás corre de mi cuenta. Ya hablaremos allí detenidamente, donde la espero en el vagón del centro. ¡Ánimo y valor! Hasta muy pronto, en que podrá ofrecerle sus servicios su humilde admirador,

Renato.»

«Vía 4, vía 4», decía la joven con entusiasmo. «Vas a ver, Rodolfo, cómo se venga una mujer con honor y vergüenza.»

Sentóse frente a Renato y su cabeza bajóse en señal de asentimiento. Una ligera sonrisa se esbozó en los labios del muchacho y ambos quedaron en mutua contemplación pendientes del escaso tiempo que les quedaba para llegar a destino.

Por fin algún alborozo entre los viajeros, gritos y preparativos, indicó que se aproximaba una estación importante. Rodolfo dormía a pierna suelta, con los puños crispados. El joven levantóse muy lentamente y empezó a preparar su maletín, despidiéndose de Aurea con un apretón de manos. Cuando el tren, des-

pués de unos silbidos prolongados, fué deteniendo su marcha, la joven saltó a tierra llevando por todo equipaje su bolso de mano. Rodolfo de nada se había dado cuenta. Cuando despertara ¿dónde estaría ella? Y este feliz acontecimiento hizo que más que caminar corriera, pensando «vía 4, vía 4». Apenas había llegado la joven al vagón central cuando un fuerte silbido y el rechinar de las ruedas puso el convoy en marcha. Renato la ayudó a subir y la aposentó en un departamento donde por casualidad no había nadie.

Las últimas luces de la estación de Tolosa, repleta de viajeros a todas horas, se esfumaban entre la neblina de la noche. Ambos miraron hacia fuera y allá en la vía 1, el expreso de París, aletargado por la larga caminata, arrojaba humo de sus entrañas y parecía impaciente de reanudar la marcha, pero el de Lyon, más venturoso y desafiador, pasó por su lado orgulloso y tomó la dirección perpendicular hacia otras tierras.

Cuando todo hubo desaparecido de su vista, Renato fijó sus pupilas en las de Aurea.

— ¿Está contenta?

— Más que contenta, dichosa.

El joven cerró la portezuela del departamento, echó las cortinillas, dejó en la penumbra el reducido espacio y sentóse al lado de Aurea. En la obscuridad brillaban poderosamente sus ojos y simultáneamente se posaban en los de su compañera y ésta en los de él.

— Cuéntame ahora tus penitas, que en todo cuanto yo pueda ayudarte lo haré gustoso y, puesto que hemos de luchar juntos, es necesario que conozca los antecedentes de tu situación.

Renato, con gesto amigable, tomó entre sus manos viriles las suaves manecitas de Aurea y las acarició con embeleso. Ante aquel gesto tan cariñoso como halagador, empezó Aurea su relato, desgranando en la penumbra del vagón su vida, primero tan risueña y luego tan aciaga desde la desdichada tarde en que se le ocurrió esperar a su hermano. Relató sin esquivar detalle el carácter de Rafael en todo cuanto poseía de bueno y de malo, pero después de todo, el amor

que le unía a su hermano subsistiría siempre a pesar de haber labrado su desdicha, ya que tenía la convicción de que Rodolfo, el instigador de todo, era el verdadero y único culpable.

Así opinó también Renato, y una vez terminada su relación, empezó el joven a su vez a contarle su vida.

Tenía treinta años y era libre. Desde muy joven se había empleado en una fábrica de sedas de Lyon, donde fué para practicar el francés y allí se quedó, habiendo pasado por innumerables trabajos dentro de la misma fábrica. En la actualidad era uno de los operarios más destacados en el blanqueo y tinte de las piezas, aunque si otro trabajo requiriera su ayuda cambiaba de sección, ya que dicha fabricación la conocía en su totalidad. Vivía en una modesta pensión y enviaba mensualmente a su madre la mitad de sus ahorrillos, aunque al convertirse en pesetas perdieran la mitad de valor, pero era imposible arrancarla de su rinconcito barcelonés, donde vivía a su gusto. En la actualidad venía precisamente de darle un abrazo, ya que lo quebrantado de su salud hacía que viviera siempre pendiente de una mala noticia, pero todo había sido una falsa alarma y la había dejado completamente restablecida. Quince días de vacaciones que habían pasado como un soplo, fatigoso para él, pero de mucha alegría para la que le había dado el ser, y en su consecuencia los daba por bien empleados.

Terminados los sendos relatos y compenetrados de su respectiva situación, la confianza que les unía resultaba inquebrantable.

— Pero yo no quiero ser para ti un estorbo, Renato. Trabajaré, puesto que ni la salud ni los ánimos me faltan para ello y viviremos felices si es que mi amistad no ha de resultarte gravosa.

— No digas disparates, Aurea, mi dulce amiga; hasta hoy he vivido solo, absorto por completo en mi trabajo, pero de hoy en adelante me parece que tengo un deber que cumplir y me parece la vida más digna de ser vivida, con un fin más noble y más humano que no vivir sin ningún afecto y desligado del mundo.

Y para sellar la nueva amistad la besó en el dorso de la mano. Aurea sintió que el beso, como por arte de magia, subía, subía brazo arriba y sacudía todo su cuerpo como si hubiera recibido una chispa eléctrica. Cerró los ojos para embriagarse en el nervosismo que la poseía, y todo su cuerpo acercóse con inconsciencia al del joven. Este pasó su brazo por el talle de Aurea y así fueron esfumándose las horas hasta que las claridades del alba anunciaron nuevos parajes y la pronta llegada a Lyon, lugar de destino.

— Esta es mi ciudad-luz, tinieblas que han desaparecido y ciudad redentora que se me ofrece a la vista y a ti te lo debo, Renato.

La pareja descendió y Aurea pudo apreciar la belleza de la ciudad que se abría ante sus ojos. El Ródano con su gran caudal discurría maravilloso por el centro de la ciudad, siendo sus «muelles» — como llaman ellos a las orillas del río — concurridos en grado sumo.

Al llegar al hotel Aurea se aposentó en una habitación modesta pero confortable, y Renato tomó una habitación contigua. Rendidos de fatiga, cansados por las emociones y por el largo viaje efectuado, ambos cayeron sobre el lecho para recuperar las fuerzas perdidas y rehacerse de tanta emoción, ya que las horas vividas estaban tan llenas de acontecimientos que bien valían el doble. Y aunque cansado el cuerpo, ambos se durmieron tabique por medio pero juntos, muy juntos de pensamiento.

VI

Los primeros días que siguieron Renato o, mejor René, como le llamaban, mostró a Aurea toda la ciudad y ésta se declaró encantada de su situación y de su gran belleza. Un día dijo René:

— Mañana iré a trabajar, Aurea; mis vacaciones han terminado y debo reemprender mi labor. Sin embargo, como ya conoces la ciudad, puedes seguirla sola y a tus anchas, familiarizándote así en el trato con los lioneses y lionesas, que buena falta te hará en lo sucesivo.

— Mira, René, yo prefiero trabajar; la vida ociosa no me resulta lo más mínimo. Te agradeceré si puedes interesarte cerca de tus patronos para que me empleen en la fábrica, y al menos no seré una carga para ti y la vida tendrá otro aliciente, ya que soy joven y no quiero llevar una existencia errabunda. Si no es posible en tu fábrica, sé coser, bordar y mucho será que no logre emplearme en uno u otro lugar.

— Puesto que tú te empeñas, mañana lo miraré. Hubiera querido que descansaras algo más, pues mi ayuda ya sabes que es desinteresada y gano lo suficiente para el poco gasto que representas; no obstante reconozco que la vida sin una ocupación sería un fastidio.

Y al día siguiente llevó René la grata nueva de que Aurea sería colocada en la sección de estampado, para señalar y ordenar las piezas, trabajo algo mecánico pero que para empezar resultaba adecuado, ya que era norma ir adelantando en su trabajo a los operarios a medida de sus aptitudes.

Una noche al salir de la fábrica, Aurea y René, comentaban gozosos el espectáculo que debía haberse armado en el expreso de París, cuando el descen-

diente del «homo sapiens» hubiera despertado. Los dos jóvenes estaban encantados del sesgo de la aventura y cuando hablaban sobre el particular sentían más y más aquel «algo» que les unía, aquel «algo» que ahora mismo hacía que Aurea se apoyara en el brazo de su libertador, y que René se apretara contra el cuerpo de la guapa muchacha.

— ¿Y qué te parece este país?

— Me gusta de veras, René, me place mucho. Todos los obreros tienen por mí la máxima simpatía y me miran con verdadero respeto. Lo único que no me gusta mucho — dijo riendo con malicia — es que las francesas te miran a ti con un mucho de simpatía... que en viéndote se les van los ojos... y esto no me hace mucha gracia.

— Pues, a propósito, yo he observado un caso análogo en los franceses... En viéndote se les cae la baba... y a pesar de reconocer su buen gusto, tampoco me hace gracia.

— Pero ¿qué puede hacerte a ti, amigo René, que me miren o no me miren?

— ¿Qué puede hacerte a ti, mi buena amiga Aurea, que las francesas muestren predilección por mi palmito?

Ambos abrieron la boca para contestar, y ambos enmudecieron al unísono sin razones que alegar. De pronto una idea se hizo luz en el cerebro de René. La calleja era oscura; sin embargo esperó a estar situados debajo un farol de luz radiante. Allí se paró, detuvo a Aurea y tomando entre sus robustos brazos el cuerpo de la muchacha estampó en sus labios un fuerte beso. La joven ni huyó ni se hizo la asustadiza, por el contrario abrazando fuerte a René le devolvió su beso y aquellos segundos de dulce embelleso en que sentían su sangre resbalar por sus arterias y el corazón latir violentamente, fueron los segundos más dichosos de toda una vida.

Pasados unos instantes se separaron y volvieron a reanudar la marcha. Nada dijeron, ¿para qué, si aquel beso lo había dicho todo? Después, ya en el restaurante, Aurea le preguntó:

— Oye, René, y ¿por qué precisamente debajo del farol? El resto de la calle era oscura...

— Vida mía, porque he querido demostrarte que te quiero a la luz del día, y que nuestro amor, no siendo un secreto para nosotros, no debe serlo para nadie, y además demostrado queda que la opinión ajena no pesará ni ha pesado nunca en la balanza de mis convicciones.

— Comparto tu opinión, René, y para que veas que te comprendo, repetiremos la escena mañana al mediodía... aun cuando la calle esté lo máximo de transitada.

Sin embargo aquella noche, cuando el joven despidióse de Aurea a la puerta de su aposento, ésta le retuvo unos minutos.

— Es pronto; vas a hacerme un poco de compañía.

Accedió gustoso, mas el momento de despedirse no llegaba nunca. En cambio sí había llegado el momento supremo en que no puede acallarse el amor y Aurea dejóse caer en los brazos de su compañero. Su cuerpo temblaba y René lo recibió jadeante de un gozo compartido.

Sin palabras se entregaba toda ella tal como deseaba, al hombre que quería por encima de todo, al hombre que la salvó, al amor tal como ella había presentido, sin embages, sin ceremonias..., al amor libre, pero sometido al lazo que ata los corazones y el que los desata y también los hace libres, que de todo hay en el sentimiento complejo del cariño.

Silencio y besos... besos y silencio... Corramos la cortina en la noche lionesa de la que Aurea y René guardarán indeleble recuerdo.

VII

Preciso nos es volver atrás, hasta el momento en que Rodolfo despertó de su letargo. Era cerca de Limoges y empezaba la primera claridad de la aurora a aparecer en el horizonte.

— Aurea, mi Aurea, qué feliz voy a ser... — fueron sus primeras palabras, con los párpados entornados aún.

Abrió los ojos, miró a su alrededor, estaba solo...

Una furia embargó todo su ser, y como un loco lanzóse a través del vagón. Recorrió los pasillos, revisó los departamentos todos, buscó, indagó... parecía un león enjaulado. De la comisura de sus labios caía un poco de saliva y llevaba los cabellos en el más completo desorden junto a un desaliño de toda su persona, que le hacía más repugnante.

— ¡Aurea! ¡Aurea! Ha huído, se ha escapado, pero yo te encontraré, vaya si te encontraré, y como eres mi mujer todo el peso de la ley va a caer sobre ti. Serás mía aunque pese a los mismos demonios. ¡Malvada, ingrata, bruja!...

Frases y más frases de un lado para otro, esbozando proyectos y lanzando vituperios.

Cuando llegaron a Limoges descendió Rodolfo y dió parte de la desaparición de la joven, temiendo un accidente. Allí nada sabían y en todo el trayecto nada hacía suponer haber ocurrido ninguna desgracia. Llegó a París y allí puso en movimiento la policía francesa, pero como ignoraba en qué estación pudo bajar, había de dar tiempo al tiempo para indagar e ir atando cabos.

Como los días pasaban, decidió volverse a Barcelona donde pondría también en ajeteo a la policía barce-

lonesa, si era preciso; la cuestión era dar con su paradero.

Cuando Rodolfo se personó en el despacho de «Lubrificantes, S. A.», Rafael le esperaba con ansia en el corazón.

— ¿Dónde está Aurea? ¿Por qué no me habéis advertido? ¿Qué ha sucedido?

Efectivamente, al contemplar el rostro congestionado de su cuñado vió que había sucedido algo gordo.

— ¡No me hables de tu hermana! Es una malvada. Ha huído de mi lado; ha escapado. ¡Pero te juro que se acordará de este hecho!

Cuando Rafael conoció en detalle lo sucedido, no pudo menos de alegrarse y dando media vuelta decía: «Bien, has hecho bien, Aurea; ¡buena maniobra! Trabajarás y al menos no dependerás de este bruto; así mi conciencia no tendrá que reprocharme mi mala acción. Nos volveremos a reunir dentro de algún tiempo... y volveremos a vivir juntos, y a este tío lo mandaremos a paseo. ¡Ya veremos en qué consiste la tan cacareada ley!»

Pero no había transpuesto el umbral de la puerta, cuando el director le llamó nuevamente:

— Tu hermana ha obrado villanamente y sin duda la has aconsejado tú; pues bien, desde este momento quedas despedido; no quiero verte en mi casa. Búscate trabajo, y que no te vuelvas a cruzar jamás en mi camino.

Rafael quedó como atontado ante el golpe. Abrió los labios para rogar, para pedir cuentas, pero se cerraron inmediatamente. «No quiero rebajarme ante un barrendero como este.» Y con el busto erguido y la cabeza alta, salió de su presencia. Sin embargo su entereza de ánimo no era tanto como aparentaba. En su mesa empezó a reflexionar: «¿Dónde voy a ir, con esos tiempos difíciles? Con mis ahorros compré regalillos para Aurea; no tengo cantidad suficiente para hacer frente a unos meses de paro. Ese hombre se cebará conmigo...» Y sólo entonces se le apareció la situación en toda su magnitud desagradable.

Con la cabeza entre las manos, la lucha interior

daba un aspecto trágico a su semblante: «no puedo luchar... no puedo luchar...», se le escapaba en voz alta.

De pronto una femenina, agradable y melodiosa voz le dijo a sus oídos:

— Sí, puedes luchar; los hombres no han de ser cobardes.

Era Jimena, la deliciosa taquígrafa del despacho, la buena compañera de todos.

— ¡Si supieras, Jimena! Me ha despedido, me ha echado a la calle sin darme tiempo ni para buscar otro trabajo, ¡me echa como un perro...!

— ¿Y tú te marchas? Porque aquí lo principal estriba no en saber si es que él te echa, pero sí en saber si tú te marchas.

— ¿Qué quieres decir?

— Eres un mentecato, un inocente. Es que él no puede echarte, así como un trapo viejo que se echa a la basura, sino que tú tienes intereses creados con el sudor de tu frente ante esta carcomida mesa, y aquí, le plazca o no le plazca, ha de verte, le guste o no le guste, que un trabajador no está pendiente de los caprichos del amo, sino que hay una ley, ¿oyes?, una ley que te retiene aquí, en tu puesto de empleado. ¡Que se decida, pues a atajar a la ley, y veremos!

Las palabras de Jimena fueron un bálsamo para el atribulado Rafael.

— ¡La ley, he aquí la palabra con qué quiso atar a mi hermana, y ahora le ataré yo a él; tienes razón, chica, hay que luchar, y con tus palabras me das ánimos para ello!

Y como si nada hubiese ocurrido volvió a reanudar su tarea.

A la mañana siguiente grande fué la estupefacción de Rodolfo, cuando vió a su cuñado sonriente escribiendo en su puesto. Le llamó a su despacho, y lleno de despecho reiteró lo dicho la víspera, pero la respuesta fué contundente: «se pagará lo que sea, pero te echo de mi casa».

Las palabras eran agresivas, y con la puerta entre-

abierta podían oírse desde donde estaban los empleados.

Y entonces tuvo lugar una reacción general en defensa del compañero. Ante Rafael, cabizbajo, apareció Jimena, seguida de toda la dependencia. La joven, sin arredrarse, se dirigió al director.

— Hemos oído como usted despedía, sin justa causa, a nuestro compañero, y desde este instante debemos decirle que todos hacemos causa común con Rafael, y de persistir en su intento nos marchamos todos, ¡todos!, los de este piso, los de embalaje, los repartidores, las operarias. Se quedará usted solo; advirtiéndole que no reanudaremos nuestra tarea hasta que no entremos llevando a Rafael al frente. ¿Entiende usted?

Rodolfo no podía salir de su asombro. Otro de los empleados tomó la palabra, y repitió los conceptos expuestos por Jimena con frases distintas. Sus compañeros corroboraban con movimientos de afirmación.

— ¡O Rafael, o todos! ¿Qué decide usted?

— Veo que habéis combinado muy bien el movimiento, y este resorte me falla; pues bien, aunque podría prescindir muy bien de los servicios de todos vosotros sin excepción, marchaos a vuestros sitios, y ya veré la manera de arreglar mi asunto.

Los empleados se retiraron y Rafael abrazó conmovido a sus compañeros.

— Gracias, chicos; si yo algún día puedo hacer algo por vosotros sabré corresponder a tal favor.

— Nada, hombre; aquí todos somos unos, que la unión hace la fuerza, y cuando es una causa justa como esta, no hay compañero que se resista.

Pero Rafael fué derechito a Jimena, que contenta y satisfecha estaba pasando a la máquina unos trabajos de correspondencia.

— ¿A quién debo todo esto, Jimena? ¿Quién, si no tú, les has puesto en antecedentes, y les has arreglado para venir a mi ayuda? Te lo agradezco mucho, pero como yo soy un muchacho tan arisco y rehuyo tanto a las mujeres, no sé cómo podré pagarte lo de

hoy; desde luego que con mi agradecimiento puedes contar eternamente.

—Mira, Rafael, sé lo que ha ocurrido con tu hermana y el director; sé lo sucedido con el director y tú, y aunque eres un muchacho arisco, como tú dices, me pagarás con creces si de hoy en adelante te muestras más confiado conmigo y me cuentas tus sinsabores. Ahora estás solo y si yo puedo ayudarte saldremos con bien de esta. ¿Te conformas?

— ¡Cómo no conformarme, si es precisamente lo que me hace falta! ¡Si es lo que yo necesito, una ayuda, una amistad, un parecer, una luz que me guíe en estas tinieblas en que me ha sumido la desaparición de mi hermana, pobrecita Aurea! ¿Me perdonará lo que la he hecho sufrir?

—No es hora de lamentaciones. Espérame a la salida y hablaremos del caso. ¿Dónde cenas?

—No tengo sitio fijo.

—Como yo. Pues en cualquier sitio. Ahora a tu trabajo.

Y en la oficina se reanudó la faena como si nada hubiera sucedido.

Sin embargo, la cabeza de Rafael no estaba en su trabajo. ¿Cómo no había reparado en la buena Jimena, en quien todos confiaban, que era la ayuda de todos ellos, moral y hasta algunas veces de escondidas materialmente hasta primeros de mes? ¿Cómo no recordar que durante dos meses hizo la tarea de su compañera y al cobrar ella su mensualidad se la remitía íntegra? ¿Cómo olvidar aquel *botones* que ella hizo emplear en la oficina a costa de ruegos y de razones de monta?

Jimena era muchacha buena pero criada a la moderna, o sea que sus costumbres que los demás calificaban de «libres» no le impedían tener un corazón muy noble. Pero como la palabra libertad puede interpretarse de tantas maneras, para algunos Jimena era la muchacha «libre» con fines encubiertos e inmorales, para otros era una muchacha «que acabará mal», para otros una muchacha inteligente pero viciosa. En fin, había tantas Jimenas como personas la observa-

ban, sin reparar que la verdadera Jimena no la había visto nadie.

Le gustaba divertirse, le gustaba conocer el mundo, le gustaba saber dónde acababa el hombre y empezaba la bestia, y vislumbraaba un panorama extenso de la sociedad actual que más de una vez le sirvió para poner a raya a muchos ilusos.

Y esta Jimena la descubrió Rafael, porque solo y desdichado le cupo en suerte encontrar una compañera con quien desahogarse y le pareció el punto de apoyo en que gravitaba el globo terráqueo.

—Mira, Rafael — le dijo una noche en que el joven se encontraba enfermo —, voy a acompañarte a tu casa.

Y como hubiera hecho con un muchacho, le puso una taza de tisana caliente y lo embozó como hubiera hecho con un niño. Y durante la enfermedad de ligera gripe, le cuidó solícita como si fuera Aurea, poniendo la casa en aquellos cortos días reluciente y limpia como un espejo.

Este accidente fortuito les unió más y más, hasta que un día Rafael sintiendo la nostalgia de la ausencia dijo a Jimena:

—Mira, Jimenita, todas las habitaciones de la derecha eran de mi hermana; tú no tienes padres, ¿quieres quedarte en ellas para bien de este infeliz desahuciado del mundo, y condenado a vivir en soledad? Yo viviré en las de la izquierda, y por libertad... ni hay que decir que estás en tu casa para salir y entrar en ella como bien te plazca. Dispondrás de tu tiempo como yo del mío, trabajaremos los dos y ni tú ni yo podremos considerarnos atados uno al otro: libertad de movimientos y de acciones. ¿Qué me dices?

Rara vez había hablado Rafael con tanto tino y tanto acierto. Indudablemente, la influencia de Jimena dejaba sentirse con más intensidad.

—Aceptado. Ni yo debo hacerte recomendaciones, ni somos dos chiquillos para pelearnos; acepto vivir en la paz de tu casita y sólo aspiro que el sitio de-

jado por tu hermana pueda reemplazarlo yo con mi voluntad y mi trabajo.

Y un fuerté apretón de manos les unió en franca camaradería que jamás debía relajarse.

VIII

Los meses se deslizaban y hubiérase dicho que Rodolfo había recobrado su buen humor de antaño y más que nada su maquiavelismo habitual. No obstante, un buen catador de caracteres hubiera visto que no era así, y que «la procesión iba por dentro». La policía francesa y la española, como así detectives particulares de ambas naciones trabajaban de acuerdo para dar con el paradero de Aurea.

Tan pronto las noticias eran satisfactorias por parecerles que seguían una buena pista, tan pronto eran desfavorables por demostrarse que el camino no conducía a buen puerto. Así entre esperanzas y retrocesos desfilaban los cheques, aunque en verdad jamás se había lamentado del dinero, ya que su interés para encontrar a Aurea era tan grande, que toda cantidad le parecía insuficiente para el logro de sus fines.

Pero todo llega, y ante el acicate del dinero el éxito de la empresa que se había propuesto Rodolfo.

Los meses habían transcurrido para Aurea y René con una felicidad sin límites. Desde que aquellos dos seres habían unido sus vidas y desde que el amor floreció en la carne de Aurea, fué el embeleso continuado de un amor dispuesto a toda prueba. Ya nada les espantaba. Podía venir Rodolfo a separarles, podía venir la ley, podía venir el mundo entero ya que entre Aurea y René hay aquello que une al mundo: el hijo.

Dió a luz Aurea un hermoso chiquillo, que fué apellidado René, como su padre, y que constituía la razón suprema del ser y del no ser de aquel hogar. Un niño moreno de ojazos oscuros como su madre y de mirar dulzón como su padre, un niño sano y robusto que con toda felicidad hizo su aparición en

aquel modesto hogar de trabajadores, imprimiendo el sello característico de alegría y que constituía el principal tesoro de la feliz pareja.

Cuando la pista llegó a noticia de Rodolfo, éste se puso inmediatamente en camino, fraguando el plan conjuntamente con sus detectives. Rodolfo era de opinión de presentarse a Aurea y pedirle cuentas de su acto, pero luego fué redondeado el plan partiendo de otro camino.

Y dijo uno de ellos:

— Cuando una mujer es madre, hay un punto vulnerable y es dónde debe atacarse para el éxito seguro, es el hijo. Si usted recurre a ella como mujer, nada logrará; promesas, ruegos, amenazas, insidias, nada le separará de este hombre; pero si usted le arrebató el hijo, ella seguirá a usted como si un imán le atrajera, y le hará usted dar vueltas a su alrededor y a su antojo. La traerá usted a España, le hará dejar este hombre, le hará usted prometer todo lo que quiera si ella ve a su hijo en peligro.

Como se ve el razonamiento era exacto, y si prueba que el disertante era un canalla, prueba también que era padre.

Y entonces el plan fué fraguado entre ellos partiendo de la base de arrebatar primero al hijo.

Empresa fácil resultó el rapto. Por la mañana y durante el corto tiempo que salió Aurea para comprar la comida, penetraron unos hombres en el aposento, llevándose el niño y dejando en la cuna vacía una carta.

Júzguese de la desesperación de Aurea cuando se encontró sin su hijo. Avisado a toda prisa René, no encontraban palabras para consolarse mutuamente, ya que el dolor era por igual entre los dos. La carta, redactada en términos duros y concisos, decía así:

«Te casaste conmigo ante la ley, y tu hijo es mi hijo y por eso me lo llevo. Si quieres recuperarlo, ven a buscarlo donde tú sabes y donde es un deber tu presencia.»

«Deber», «Ley», he aquí las palabras con que hacía hincapié el hombre más malvado que existir pue-

da y el cual, de existir una ley humana y social, debería estar entre cadenas como indeseable.

Los cabellos enmarañados en desorden, retorciéndose los brazos, la infeliz madre no podía acallar el dolor que le roía las entrañas. Abrazada a la cuna de su hijito, los ojos desorbitados, era de temer que su razón se extraviase, desvelándose René para infundirle una confianza que él mismo estaba lejos de sentir.

— ¿Qué hará con nuestro hijo? ¡Le matará! ¡Es un malvado, no tiene pizca de corazón! — sollozaba la madre —. ¡Hay que salvarlo, correr, ir hacia España, yo no puedo estar ausente de mi hijo!

René le abrazó con efusión.

— El que va a ir a España seré yo, prometo llevarle nuestro hijo, y castigar al culpable aun cuando le descuartice como un perro.

Pero el buen sentido de Aurea se impuso:

— No, René, sería perder tiempo y si le mataras antes de encontrar a nuestro hijo jamás sabríamos nada de él. Iré yo, como pretende ese canalla, me dará mi hijo y tú sabes cómo una vez logré burlar sus propósitos, yo hallaré fuerzas para burlarle esta segunda. ¿Tienes confianza conmigo, René?

— Absoluta.

— Tú sabes que yo no puedo, ni seré jamás de este hombre suceda lo que suceda, pero he de encontrar a mi hijo y voy a buscarle. No debemos precipitar los acontecimientos, y creo que la astucia valdrá más que la fuerza, déjame ir a mí sola, ¿quieres? Te tendré al corriente de cuanto suceda, no temas por mí, conoces sobradamente mi entereza de ánimo, aunque alguna vez en el máximo de la desesperación haya tratado de suprimirme.

Lo que en realidad trataba Aurea era de evitar la entrevista entre los dos hombres, entrevista que no podía llegar a buen fin y que debía terminar en tragedia. Sus palabras llenas de cordura y buen sentido, aunque no convencieron al padre que temía por su hijo, hizo reflexionar al hombre y consintió en que Aurea fuese en busca de su hijo sin dilación, lo que la joven hizo a toda prisa, con una avalancha de

ideas funestas que le empujaban como un resorte.

* * *

Era Jimenita un dechado de perfección. Cuando salían del trabajo, íbase con Rafael a comer en un restaurante sencillo, y por la noche, en cuanto sentía ansias culinarias, marchábase a su casita y preparaba un menú que para lamerse los dedos. Los sábados por la tarde, además de poner todo en orden y dejar la casa como un cristal, preparaba el postre para el domingo, que, a base de huevos, natilla o crema, esperaba Rafael con fruición. ¡Y pensar que las horas que tenía libres estudiaba aún el inglés y el alemán!

Todo ello a base de que cuando la joven deseaba bailotear un rato, se marchaba al baile sin pedir permiso a nadie, y cuando el muchacho sentía el cosquilleo de ver una buena película, no debía andar con rodeos, y siempre tan amigos.

Para Rafael era tanto el placer de sentirse rodeado de los cuidados de aquella joven, que puede decirse no cabía en sí de gozo, y aunque de vez en cuando sentía el remordimiento y sufría intensamente por su hermana, cuando recordaba la fortaleza de Aurea y su amor al trabajo, se tranquilizaba, ya que era preferible aquella expatriación que una vida de martirio como le esperaba en nuestra ciudad. Pero la conducta de Jimenita influyó también muchísimo, ya que la compañía hace olvidar muchos pesares, pues, como dice el adagio, «la soledad es mala compañera». Sin duda para evitar esto llevó Jimena su plan adelante, enviando un rayo de luz tan intenso en la vida de Rafael, que éste, aun cegado por su resplandor, no podía ver claro.

Más de una vez había tratado Rafael de poner orden y concierto a sus sentimientos tratando de adivinar qué lazo le unía con Jimena. En cuanto a físico, era la muchacha muy atractiva, sin poder decir que su belleza era portentosa. De talla no muy elevada, tenía el cabello muy rubio y los ojos azules, de blanca tez y manos perfectas. Vestía con suma elegancia y era pulcra en su porte, puesto que el detalle que para otras pasaba

desapercibido, era para ella de suma importancia, teniendo especial cuenta en que el color del vestido acordara con el de los zapatos, el del bolso con el de los guantes, el de los adornos entre sí, en fin, evitando lo que podía resultar disonante a primera vista.

Muchos años hacía que trabajaban juntos y habían charlado a miles de veces con familiaridad, sin que nada diera a interpretar que existía o que podía degenerar la amistad en algo más hondo y duradero. Pero desde que compartían el mismo piso, usando respectivamente el ala izquierda y el ala derecha, desde que los deliciosos flanes venían a adornar la mesa dominguera, desde que las excursiones se habían sucedido corriendo por los montes todo el día de asueto, en fin, desde que Jimena se había entrelazado en su vida, no estaba muy seguro de que no rompería las narices al que dijera que Jimena no era una mujer perfecta.

Lo cierto era que ni Jimena hubiera consentido por nada del mundo separarse de su Rafael, ni Rafael, aunque le hubieran prometido la fortuna de un nabab, hubiera consentido separarse de su Jimenita, tanto eran indispensables el uno para el otro. Y con decir esto, queda ya dicho todo.

Sin embargo, algo sopló entre ellos, en forma tan natural como espontánea, que vino a encender una hoguera donde apuntaban los rescoldos, y la chispa prendió seguidamente para bien del nuevo edificio, que se levantó pimpante y pujante.

Era una noche de tormenta, noche otoñal en que los relámpagos y truenos se sucedían sin cesar y se desprendía de la madre tierra un olor característico de cieno. Por la ventana de la habitación de Jimena penetraban como dardos haces de luz, con el retumbar cada vez más cercano de truenos. La lluvia era imponente, con ruido ensordecedor, y vibraban los cristales como impotentes para resistir la fuerza del vendaval. Y la mujercita moderna, a quien difícilmente le hubieran arredrado diez hombres, sentía sus nervios pronto a estallar ante una tormenta tan inofensiva como estruendosa. Y yendo hacia la derecha, llamó en la habi-

tación de Rafael para cobijarse junto a su amigo. Allí no había ventanas ni oberturas donde la luz pudiera salmodiar a sus anchas.

— Déjame venir contigo. ¡Tengo miedo!

— ¡Pero eso no puede ser!... ¡Vaya, que no puede ser!

— ¿Y por qué no puede ser?

— Porque te quiero...

— ¡No comprendo! Si me quieres, puede ser; en cambio, si me hubieras dicho: «No te quiero lo suficiente aún», me hubiera alejado, arrojando la ira de los rayos y de los truenos; ahora, me quedo.

— ¿Me quieres tú?

— ¿Y hasta ahora no me lo preguntas?

— Es que lo que yo solicito, no es compasión, ni gratitud, ni lástima...; es amor, y no estaba seguro del deslinde de tus sentimientos.

— Pues yo sí lo estaba de los tuyos, y por eso he compartido tu casa; ahora que nos conocemos bien, ahora que ninguna duda hay sobre el particular...

— ¡Jimenita mía!...

— ¡Rafael de mi alma!

Y los brazos se estrechan con furia y las bocas se unen impelidas por un botón de fuego interminable. Jimenita relaja un poco los brazos que anudaban el cuello del amado.

— La tormenta ha terminado. ¿Debo irme?

— Hasta el fin del mundo habrá tormenta, si tú quieres, Jimena, que presiento en nuestras almas una hecatombe sin precedentes; vas a quedarte aquí, entre mis brazos, hasta...

— ...siempre.

Y, burla burlando, vean mis lectores si hay táctica en batalla alguna que haya llevado victoria más contundente, hasta nivelar el ala derecha con la izquierda, la vanguardia con la retaguardia, y haya dejado extendida en el campo de batalla labor más fructífera y semilla más fecunda para la humanidad.

IX

— Pase usted, señora... ¿A quién desea?

— ¿Rafael no está en casa?

Pero Rafael, que ha oído la dulce voz de Aurea, viene volando.

— ¡Hermana, hermana! ¿Cómo estás? ¡Cambiada, muy cambiada! ¿Qué te sucede? ¿Por qué lloras? Explicáte... ¡Cuánto tiempo!... ¿Cómo no prevenirme? ¡Pero habla!

Pero Aurea, incapaz de articular una sola palabra, llorando en el hombro de su hermano, da rienda suelta al llanto.

— Perdona... pero ante todo abraza a tu hermana Aurea. Aquí te presento a Jimena, mi mujer.

Jimena la ha recibido en sus brazos, y las dos mujeres, estrechamente unidas, comparten la pena de la pobre madre, haciéndola más llevadera.

— ¡Qué contenta estoy de verte, Rafael! Estás bien, tienes muy buen aspecto, muy buen semblante; has hecho muy bien en unirme con la mujer que te ama; vuestra unión ha de ser feliz, por desinteresada y espontánea. También yo había soñado realizar una unión como la vuestra, y cuando la he llevado a cabo y podía ser feliz, este mal hombre se cruza otra vez en mi camino. ¡Qué desgracia la mía!

Y, ante la estupefacción de sus hermanos, les contó Aurea su vida, desde la fuga del expreso de París y su vida feliz en Lyon, donde había dejado al ser amado. Contóles en detalle el rapto de su hijo, y, antes de ir en busca de Rodolfo, quería abrazarles y solicitar su ayuda.

Quando hablaba de su pequeño René las lágrimas le

interrumpían siempre, y sólo podía continuar a costa de grandes esfuerzos.

— Aurea, mi hermana. Aquí estás en tu casa, y no sólo puedes contar con la ayuda nuestra, sino con mi colaboración, que me propongo sea decisiva. Yo trabajo con tu hermano y he sido largo tiempo secretaria de Rodolfo; comprenderás si le conozco y si puedo serte útil. Tengo un propósito que ahora no puedo exponerte, pero que esta misma noche esbozaremos el plan con Rafael y miraré de ponerlo en práctica. Déjame unos días para preparar el terreno.

— Pero Jimena, ¿y mi hijo? ¿Si hace algún daño a mi hijo?

— No temas Aurea, es pronto aún para que nada haga a tu hijito. El ha de ser el cebo que te ha de llevar a su lado y por lo tanto él cuidará de no malograrlo. Hasta más tarde y como represalias podría intentar algún daño, del que le juzgo muy capaz, pero hasta tanto no te haya visto nada hay que temer, te repito, déjame unos días.

— Como tú quieras; puesto que le conoces sabrás a qué atenerte tanto como yo, pero si tu acción fracasa, dímelo pronto, hermana mía, porque entonces no vacilaré un minuto en arrostrar su presencia a costa de lo que sea.

Y el pacto quedó sellado en estos términos.

Pasaron unos días sin que el director se personara en el despacho, pero al tercero hizo su aparición. Rafael hizo grandes esfuerzos para no delatarse, y aunque el director le miró y remiró para cerciorarse de que aparentaba indiferencia nada dejó traslucir su semblante. Pasó a su despacho y se encerró bajo llave. Jimena, cuya máquina de escribir estaba adosada a la pared del despacho del director, oía cómo éste paseaba nervioso, arriba y abajo, sin descansar un momento. La cosa iba, pues, por buen camino. Por la tarde recibió algunas visitas y veíase cuán impaciente se mostraba cuando el timbre del teléfono de su despacho lanzaba su llamada.

Habían transcurrido tres días, cuando Jimena, de común acuerdo con Rafael, propúsose obrar.

Observaba sus idas y venidas, y en cuanto vió que estaba situado frente a la caja de caudales para revisar algunos documentos, penetró como un torbellino en el despacho, diciendo a Rodolfo:

— Señor, dicen del almacén que una señora desea hablar con usted, pero como la comunicación ha sido puesta con el aparato de abajo, tendrá usted que molestarse en descender a la planta baja.

El rostro de Rodolfo adquirió todos los tintes del arco iris. Del rojo pasó al blanco, del amarillo al violeta; tan visible fué su emoción.

— ¿Una señora? ¿Ha dicho usted una señora? ¡Voy, voy corriendo!...

Y no sólo corriendo, sino volando, de cuatro en cuatro descendió los escalones.

Entretanto, Jimena no perdió el tiempo. Aunque Rodolfo había cerrado la caja, tomó las llaves de encima la mesa y como conocía las palabras para abrirla hizo girar la gruesa puerta sobre sus goznes, y se apoderó de un abultado sobre que en la misma había. Examinó algunos papeles... sí, todo estaba allí. Cerró seguidamente y dejando las llaves en su sitio salió con cautela, poniendo el sobre a buen recaudo.

Cuando el director subió en el ascensor, echaba ascuas.

— ¿Quién le ha dicho a usted que alguien pedía por mí?

— ¡Ah! Perdona usted, había creído que el mozo del almacén le llamaba.

— Es usted una tonta de capirote. ¡Nada menos que cuatro pisos! Aguce sus oídos otra vez que suceda. Y penetró en su despacho.

Como era la hora de salida, Rafael y Jimena, que se encontraron en la esquina, se fueron volando hacia casa, donde les esperaba Aurea.

— ¡He tenido éxito, un éxito rotundo! Ahora veremos lo que sucederá. No desesperes, hermanita, que dada la importancia de estos papeles que aquí ves, no dudo que estrecharás pronto a tu hijito. Y ahora ¿es-

tás más tranquila? — díjole besándola en la mejilla —. Ten confianza conmigo, que ya varias veces he tenido litigios con el Rodolfo de marras.

Y empezaron los tres a esbozar el plan para llevar a buen fin la empresa en que se habían metido.

X

— ¿Quiere usted decir a la señorita Jimena que venga aquí, Fernando?

El mozo asintió y fué a llevar el recado.

Jimena y Rafael se miraron y con un movimiento de cabeza dieron a entender que había llegado el momento decisivo.

— ¡Mucha suerte, Jimena, que todo vaya bien!

— Así lo espero, Rafael; gracias — y pasó acicalada al despacho del director.

Con las piernas encima de la mesa, muy americanísimamente, le esperaba Rodolfo, fumando un grueso habano, y al parecer sin ningún interés por la cuestión a tratar, aunque observando de cerca... el pliegue del labio superior era el que lucía en los días de mal agüero.

— De dentro mi caja de caudales, señorita Jimena, ha desaparecido un sobre con documentos para mí muy preciosos, y esto lo debe saber usted que es la única que en esta casa conoce la combinación de la cerradura. ¿Puedo conocer el interés que ha tenido en efectuar este robo?

Las palabras eran mesuradas y sin rencor, como parapepetándose tras de una barrera para guardar su sangre fría.

— Le responderé con franqueza, como siempre ha sido mi norma, que usted ya conoce. Mi interés ha sido el mismo que el que ha guiado a usted a apoderarse, a robar a su madre una criaturita sobre la cual no tiene usted potestad.

Los ojillos de Rodolfo se abrieron en demasía y sus labios se apretaron, en cambio, con fuerza.

— ¿Cuál es el precio que fija usted por estos documentos?

— El mismo que tase usted para la devolución del pequeño.

— Este asunto, al que usted se refiere, me propongo tratarlo yo con la propia interesada, y no veo el que usted se haya de meter en camisa de once varas.

— La interesada es mi hermana, y me ha delegado a mí en persona para que trate el asunto, ya que ella no quiere con usted tratos de ninguna clase.

Una ducha de agua fría no le hubiera dejado más atónito.

— ¿Luego se ha casado usted con Rafael?...

— Según lo que usted entienda por casar, sí. Según lo que entienda por casar, no. Como nosotros nos amamos y no necesitamos la «ley» — dijo, recalcando las palabras —, nos hemos unido para siempre, y no es de esperar que, libres, huya él de mí, o yo de él, porque la verdadera libertad está en el corazón y éste, ¡ea!, lo tenemos bien sujeto.

— Lo celebro; pero si usted se jacta de conocer la importancia de los documentos que me ha robado, sabrá que es muchísima mayor la que doy yo a la posesión de la criatura, y por lo tanto no puede haber intercambio.

— Eso depende de la apreciación que dé usted a su honor y a su hombría. He estado demasiado tiempo en este despacho redactando cartas «particulares» y «confidenciales», para ignorar que de dar estos documentos a la prensa — lo que no dude haré — su nombre, su fama, su persona, su fortuna, su negocio, irá por el suelo y usted mismo será enviado, bajo mi denuncia, a la cárcel. ¡Elija.

— ¡Jimena, tú no harás eso! ¿Cuánto quieres? ¿Cuánto necesitas?

— ¡Dinero! ¡Qué asco! ¿Ha olvidado usted que yo no me vendo? Recuerde el día en que dejé de ostentar el pomposo nombre de «secretaria particular», porque no quise aceptar lo que usted me proponía; recuerde que a todos sus manejos y promesas contesté con una rotunda negativa, ¡recuerde, recuerde!, y ahora quiere que me dé por dinero! Quiero el pequeño de Aurea, quiero el niño. Sólo con esta condición no

haré uso de mi arma, sólo cuando me haya entregado el niño le devolveré sus documentos que demuestran los manejos financieros con sus agentes para jugar a la baja de sus acciones; la ruina patente que llevó usted a muchos lugares, y el beneficio que realizó con la operación a costa de los sudores de los pobres. Cartas de sus agentes, cartas de sus representantes, cartas delictivas. ¡Es hora ya de que todo ello vea la luz!...

— ¡No haga eso, Jimena!

— ¡Pues venga el niño!

— Espera unos días... déjame reflexionar...

— No espero un minuto más. Lléveme donde está el pequeño o voy a casa del abogado donde espera todo el arsenal de papel que le acusa...

Y levantándose del asiento señalaba la puerta, decidida. Su actitud fué magnífica y ante lo irrevocable, levantóse Rodolfo de un golpe.

— Vamos.

Pasaron por el despacho y los ojos de Jimena, al mirar a Rafael, decían «todo va bien», y director y empleada, con la sangre en las mejillas y los nervios en tensión, pasaron por entre las mesas y desaparecieron calle abajo.

Tomaron un taxi, y Rodolfo dió la dirección de un pueblecito cercano de Barcelona, y Jimena añadió: «De prisa», y el vehículo empezó a rodar por las calles del Ensanche hasta perderse en los alrededores.

Rodolfo cortó el silencio, iniciando la conversación por derroteros distintos de hasta entonces.

— Las mujeres sois todas unas bobas; no sabéis nada de nada. Te parece a ti que has obtenido una gran victoria y al fin y al cabo una vez quemados estos papeluchos, volveré a hacerme con el niño y ¿qué arma encontrarás para defenderte? Porque ten en cuenta que este niño es legalmente mío... no te asombres. Nadie puede demostrar que Aurea, después de la boda, no fué mía; por consiguiente es mi hijo. Ya ves que aunque no lo sea tengo un arma poderosa para que le arrebatan a su hijo y hasta hacer que vuelva a mi casa, ¡a la fuerza! Además, no te olvides de decirle que no saldrá por la frontera, porque tengo mis disposiciones

tomadas. Os anuncio el fracaso de vuestro plan. Conmigo no puede lucharse, tengo dinero, hombres, influencia, interés, todo a mi disposición. ¡Si queréis estrellaros, probadlo!

— Por de pronto, señor Rodolfo, el niño es mío. El primer juego ha sido, pues, de «toma y daca». Después hará usted lo que le convenga, aunque le creo capaz de todo. Un hombre que mira impasible cómo los pobres que él ha arruinado se arrastran a sus pies, se suicida uno, se expatria el otro, muere el de más allá de consunción, una madre que agoniza... y todo para aumentar el auge de su lujo, sin pizca de corazón, subiendo los peldaños de la escalera social a espaldas de los trabajadores, robando los ahorros de los humildes... ¡Jamás se irán de mi mente las escenas que se sucedieron en su despacho aquellos días! Pero robo legalizado, sin que las autoridades metan mano, porque usted ha engrasado oportunamente. Ya las pagará algún pobre que haya robado un pan para su hijo.

— ¡Boba... más que boba! ¿Sabes cuánto me reportó aquella «combina»? Medio millón de pesetas. ¿Conoces algún negocio legal que dé tanto? En dos o tres días las acciones de «Lubrificantes, S. A.», hicieron el «patatús»...

Un fuerte viraje cortó sus palabras y, gracias al freno del chofer, pudieron evitar el chocar contra un árbol, y díjole Rodolfo:

— ¡Imbécil, más que imbécil, a ver si nos estrellas!

El chofer estaba pálido como un muerto, pero nada respondió. En cambio veíase, por su cabeza ladeada, que escuchaba con atención. Rodolfo probó de cerrar la ventanilla, pero el cristal no obedecía.

— ¡Malditos cacharros, no puede hablar uno a sus anchas!

— Con las conversaciones que oyen al cabo de un día, menudo trabajo si debían recogerlas todas. Ellos van a su faena.

Y Rodolfo continuó:

— Fué un golpe de mano maestra; los listos se ríen de los tontos, los sabios de los ignorantes, el rico del pobre y a la mano de todos está el ser listo, sabio y

rico. Los que no saben vivir que se echen a un lado y al menos que no estorben. Tú misma, Jimenita, podías sacar del mundo el máximo provecho; sabes que me gustabas, hubiera hecho de ti una mujer a la moda, una mujer envidiada, te hubieras llevado la gran vida, y, sin embargo... te has empeñado en no pasar de la mediocridad. Ahora, para fin de cuentas, te has unido a un pelagatos. ¡Allá tú!

Jimena no pudo reprimir una risa irónica y le dijo:

— Bueno, pero siempre que me retracte ya sé dónde puedo encontrarle, ¿no es eso?

— Claro, claro, me sigues gustando aún — y su cuerpo fofo se aproximó al de la muchacha.

— Hacia allá, hombre, hacia allá... que todos sus argumentos no harán que vuelva un paso atrás, soez...

Y el silencio se hizo esta vez definitivo.

Cuando llegaron al pequeño villorrio, Rodolfo fué dando la dirección al chofer, hasta que llegaron a una casita de pobre apariencia y separada de las demás casas. Entraron. Una mujer estaba cosiendo y en una pequeña cuna se veía un niño dormido. Jimena se abalanzó y tomando entre sus brazos al pequeño, empezó a llenarlo de besos, mientras lágrimas candentes corrían por sus mejillas.

— ¡Por fin, niño mío! ¡Guapo mío! ¡Qué contenta se va a poner tu madre! ¡Ríe un poquitín, alma mía!

El niño, como si la conociera, abrió la boquita y sus ojillos se alegraron; palmoteaba y alargaba los bracitos, mientras Jimena cubría las rosadas manitas de besos y le estrechaba fuerte, muy fuerte, como si quisiera retar al mundo entero para que viniesen a quitárselo.

Rodolfo pagó a la mujer lo convenido y, sin decir palabra, subieron otra vez al taxi.

— Bien; yo te he dado el niño. ¿Y los papeles?

— Deje usted esta tarde sus llaves encima del despacho y esta noche los papeles estarán en su lugar. No creo que pueda usted dudar de mi palabra.

El camino de vuelta, resultó para Jimena un encanto

ya que no podía separar la vista del niño de Aurea, que se había quedado dormido en su regazo.

Al llegar a la ciudad, Jimena hizo parar el coche y tomó otro por su cuenta, que le llevó a su casa. Inútil resulta describir la alegría de la madre al volver a estrechar a su hijo entre sus brazos. Reía, lloraba, sollozaba, todo a la vez, y, apretando el tierno infante contra su ser se lo comía a caricias.

— A ti te lo debo, hermana mía. Gracias, gracias de todo corazón. Mi gratitud será eterna.

Pero Jimena, que tenía un corazón de oro, se daba por bien pagada con haber proporcionado tamaña alegría a Aurea y haber hecho un bien a la pareja infeliz perseguida por el hombre sádico, y, apoyándose en el hombro de su Rafael, ocultó las lágrimas que pugaban por salir. Que tanto la alegría como la tristeza se traducen en perlas líquidas viniendo de un alma caritativa.

XI

Por la noche del mismo día se encontraban reunidos en el comedor los dos hermanos y Jimena, velando la cunita de René, que dormía plácidamente. La promesa había sido cumplida y los papeles reintegrados a su sitio. Habían expedido un telegrama a Lyon dando la grata nueva al padre y comentaban los sucesos de aquel día, tan repleto de acontecimientos, cuando sonó el timbre de la puerta.

Todos se levantaron como un resorte. ¿Quién sería? Con el corazón palpitante abrió Aurea la puerta.

— ¡René, mi René!

Y abrazándose a su compañero, al padre de su hijo, tuvo que ser llevada en andas por los brazos amorosos de éste hasta el comedor.

— ¿Has recibido el telegrama? ¿Cómo has venido tan pronto? ¿Por qué no me has advertido?

Las preguntas se sucedían sin tregua y René la contemplaba con cariño.

— Primero déjame que abrace a mi hijo.

Y uniendo la acción a la palabra le tomó de su cuna y sin reparar en los pelos de su barba que punzaban como ascuas le besó con frenesí. El niño púsose a llorar.

— ¡Maldita sea! Que uno haya venido de la otra parte del mundo volando para abrazarte, y que tú me recibas con lloros — gritó el padre escamado.

— Pero ¿cómo has podido venir tan pronto? A las tres te he puesto el telegrama.

— Mira, Aurea... Yo no podía contenerme más. Tan pronto he sabido que tú tenías a René y que yo no podía compartir la alegría contigo, me han entrado unas ganas locas de que me nacieran alas... sentía que de poseerlas hubiera dado un vuelo hacia vosotros, pero como no crecían... las he alquilado. He tomado un avión y aquí me tenéis.

— Pero tú que eras un partidario acérrimo de pisar tierra firme...

— ¡Tratándose de abrazaros!... Aire, tierra, agua, cualquier elemento se vence.

— Hoy ha sido un buen día para mí — dijo Aurea —. He encontrado a mi hijo, a ti...

El timbre de la puerta volvió a sonar sin interrupción.

Cuatro agentes se presentaron, diciendo:

— ¿La señorita Jimena P...? Pues dése usted presa.

Todos sin excepción, quedaron mudos de asombro, absortos, perplejos.

Rafael se abalanzó a los recién llegados:

— ¿Qué quieren ustedes? ¿Por qué han de prenderla? No será; eso no será...

Y se interpuso entre los agentes y su compañera. Estos, con malos modos, le hicieron a un lado.

— Nosotros, cumplimos órdenes; no hemos ido nunca a ningún sitio que nos recibieran con amabilidad, de manera que ya estamos acostumbrados, pero le rogamos que no se ponga frente nuestro, porque si hemos de apelar a la fuerza le resultará mal.

— ¿Pero, de qué se le acusa?

— De asesinato en la persona de su principal.

Jimena, la acusada, sintió un desvanecimiento, pero reponiéndose seguidamente y dando pruebas de valor abrazó a sus hermanos y al niño y les habló con cordura:

— Nada temáis; ¿no véis que estoy tranquila? Ya sabré defenderme, y sin saber lo que ha sucedido no podemos oponernos a nada. Debe tratarse de un mal entendido. Adiós, Rafael — dijo abrazándose a su compañero — y a vosotros, adiós; no lo dejéis solo, no es hombre para soportar con entereza la soledad.

Todos se abrazaron a ella y todos querían compartir su suerte, pero los ademanes de los agentes procuraron separarles y sin pizca de compasión la escoltaron como una delincuente.

¡Pobre Jimenita; ella, tan desinteresada, tan noble, tan buena, y verse perseguida nada menos que por asesinato! ¿Qué había sucedido?

Cuando Rafael a primeras horas de la mañana se

fué para ver a su Jimena, no le dejaron entrar, por estar incomunicada. Según pudo saber, se le acusaba de asesinato, pues la noche anterior, después de la salida de todos los empleados y al descender la escalera del domicilio social de «Lubrificantes, S. A.» un tiro certero que dió en pleno corazón quitó la vida a Rodolfo Zaldívar.

Fueron llamados a declarar varios empleados y todos convinieron en que el director era un hombre de pésimo carácter y de reprobables costumbres. Relataron los pasos del día de autos y cómo salió con Jimena por la mañana, y por ser ésta en otro tiempo su secretaria, todas las sospechas recayeron sobre ella.

Respecto al asesino nadie le había visto y había sabido ocultarse a la perfección. De nada valió que Jimena estuviera con los suyos a aquella hora, de que declararan en su favor todos los compañeros... Jimena había compartido el día con aquel hombre y los extremos y detalles de su excursión al pueblecito de los alrededores venían a armar más embrollo en todo aquel asunto.

La policía, que veía en Jimena un asidero con que llenar legajos y más legajos, dió la pista como certera y nada había que les hiciera retroceder. En seguida tuvo el caso como uno de tantos «amoroso», «despecho de mujer», probablemente «celos», y cuanto más declaraba Jimena su actuación en el día de autos, más la policía se empeñaba en no creerla.

Pasaron los días, y sus familiares en el colmo de la desesperación no sabían a qué puerta llamar en demanda de ayuda, o mejor, en demanda de justicia, ya que sólo esto faltaba en todo aquel malhadado asunto.

Cuando Aurea visitaba a Jimena, ésta, tras la reja, le gritaba que era inocente. Rafael, como un chiquillo, gritaba y maldecía contra los infames que le habían arrancado a su compañera; y la situación, siendo cada vez más crítica, sólo les dejaba ver a la detenida con guardias a la vista y escasos minutos.

XII

Transcurrieron unos meses que fueron un verdadero delirio para los infelices. La vista de la causa se aproximaba, y en lugar de despejarse el horizonte para la infeliz Jimena, negros nubarrones de insidias y de gente comprada surgían para acusarla. Sabiendo que el director le había requerido de amores, dedujeron que el día de autos había surgido una disputa y había culminado por la noche con el atentado de que fué víctima el director. Además, se habían oído palabras de venganza y la acusada era mujer de «modales libres», «vivía con un hombre» y no se recataba lo más mínimo en salir en defensa del menesteroso. Aurea, por no hacer vida marital con Rodolfo, fué descartada del sumario, y para la pobre Jimena se le pedía una vida de reclusión.

Llegado el día de la causa, hubiera querido Jimena conservar toda su sangre fría, pero sabedora de que no podía defenderse por estar todo contra ella, su cuerpo fatigado por todo el tiempo de comidas insalubres y malos tratos, vencida por el cúmulo de acusaciones que sobre ella pesaban, penetró en la Sala sin ánimo y dejóse caer rendida en el banquillo. ¡Si al menos se hubieran encontrado los documentos que atestiguaban la deslealtad de Rodolfo, las cartas que señalaban la jugada que hizo con los accionistas! Pero sin duda Rodolfo la misma tarde en que fueron depositados en la caja de caudales los quemó como le había prometido, por desaparecer así una documentación que le delataba. Y todas sus declaraciones sobre este punto fueron consideradas como un embuste.

Jimena pasó una mirada circular por la Sala. Sonrió a Aurea que con los ojos hinchados de llorar la miraba con compasión y envió aún una mirada de aliento al pobre Rafael, más abatido que ella misma.

Palabras y más palabras: Presidente, Fiscal..., todos, todos iban contra ella. Sólo sus compañeras de despacho coincidieron en alabarla y un rayo de luz penetró en su alma cuando su defensor se puso en pie y expuso el caso tal cual era.

Pero de pronto el silencio más intenso se hizo en la Sala. Un testigo, un pobre hombre vestido con modestia se levantó para declarar, según expuso el deseo. Jimena le miró atónita. ¿Dónde había visto aquel hombre?

Y con palabras claras y precisas dijo:

— Señores, yo he matado a este hombre; no se acuse a esta mujer, que es inocente; yo sólo soy el culpable.

Un murmullo corrió por la Sala y Jimena dejó caer la cabeza llorando a lágrima viva como reflejándose en la emoción de los seres queridos que la miraban con arrobos y entusiasmo. La declaración fué breve.

— Señores, yo conducía el coche el día de autos y oí la conversación que tuvo lugar entre la acusada y el muerto, pudiendo deducir de ella que la señorita que se sienta en el banquillo reúne todas las prendas, mientras que Rodolfo Zaldívar era un criminal y un ser abyecto, indigno de vivir en nuestra sociedad.

«Tenía yo algún dinerillo que debido a los malos consejos coloqué en la Compañía de «Lubrificantes, S. A.» Yo no pretendía hacerme rico, yo no deseaba ganancias fabulosas, pero sólo que lo administrara de una manera que cuando viejo tuviera un rincón seguro o cuando me faltara el trabajo tuviera para el tiempo que necesitaba para encontrar de nuevo; y por la conversación del día de autos me enteré por culpa de aquel hombre no sólo mis ahorros, los de otros muchos compañeros míos habían pasado sus bolsillos... propúseme realizar el plan que ya estaba trazado y que hubiera mucho tiempo antes de conocer el verdadero culpable.

«Además, no es esto todo. Tenía yo un hijo que era toda mi esperanza y que veía sucumbir víctima de un mal que no perdona. La única salvación posible era enviarlo a la montaña, en lugar seco, aireado, donde

el oxígeno puro hiciera lo que todos los medicamentos no conseguían. Y cuando procuré echar manos a mis ahorros... nada tenía ya. Cuando un hombre trabajador, ímprobo y recto, tras una vida de sudores y sacrificios ha de dejar morir a su hijo por falta de dinero porque un canalla lo echa en brillantes a sus mujeres, este hombre en justicia puede aplicar la ley del talión y aquel debe ser muerto como un perro.

Que recuerde la señorita mi emoción conduciendo, los muchos percances que tuve que salvar para no lanzar el coche contra cualquier puente; aquella tarde desfiló por mi mente la muerte de mi hijo con más intensidad que nunca, y aquella noche misma, señores, lo maté saliendo de su despacho, porque mi conciencia me lo indicaba y aunque vosotros me acuséis la humanidad me dará las gracias.

«Si a nadie se hubiera culpado, yo no me hubiera presentado, puesto que lo que realicé no era un crimen, ni un asesinato, y aun quedando impune, yo sería el mismo de antes. Tengo la convicción de que he hecho una obra buena y de que he ahorrado muchos sinsabores a varias personas; es más, si volviera a revivir el muerto cien vidas le quitaría con mi propia mano, pero puesto que la justicia se ha empeñado en acusar a esta señorita, víctima como yo mismo de malvado, mi conciencia me dice que mi puesto está en su puesto y que he de salvarla, aun sabiendo vuestra obcecación y vuestra injusticia para castigar al delincuente bueno y al delincuente malo, que no siempre que se delinque debemos castigar, sino mejor premiar.

Los aplausos estallaron en la Sala unánimes. Los campanillazos se sucedían sin interrupción sin ningún éxito, tanto era el entusiasmo que se apoderó del público. Desalojóse la sala, reanudóse la vista y por último fueron pronunciadas las palabras justicieras para la pobre Jimena: «La acusada es absuelta y resulta libre».

Aurea y Rafael recogieron a Jimena de la pareja de agentes y unidos los tres en abrazo indisoluble fundieron sus lágrimas y su alegría en silencio entrecorta-

do por los sollozos y en cadena inimitable de valentía y bondad.

Jimena, antes de salir para siempre de aquel antro donde impera el fiel de la balanza hacia un lado, quiso abrazar al hombre canoso que quedaba en su sitio, al padre de familia que para defenderse contaba sólo con su energía y su fe.

— ¡Gracias, buen hombre, gracias! Ahora recuerdo su cabeza ladeada hacia nosotros, su palidez y su nervosismo. No tema, que aquí he de volver para defenderle a usted aunque me cueste la vida; mi testimonio y la ayuda de la verdad no fallarán en asunto tan delicado; ¡tenga confianza con nosotros! — y como si fuera su padre, depositó en su frente jalonada de grandes surcos un beso tan dulce que revivió en el pobre hombre aquellos del hijo muerto.

— Así lo espero. Nada tiene que agradecerme. ¿Qué no haría un padre para vengar a un hijo? — y con el revés de la manga hizo además de enjugarse el rostro —. No vaya a creer que lloro... ¡oh! no, no; sólo entonces lloré, en cuanto lo vi que se lo llevaban para siempre; desde entonces no hay ningún dolor que sea comparable y me parece que las lágrimas se han secado para siempre. ¡Pobre hijo mío!

Los policías pusieron fin a la conversación, como siempre, con modales harto indelicados que dejan en el corazón de los que sufren una estela de odio que no es fácil nunca más apaciguar.

Y los tres hermanos, llevando el cuerpo deshecho pero la alegría vivificadora en el alma se alejaron hacia su casita donde les aguardaban aún días felices y reparadores.

XIII

¡Trabajo, salud y alegría! He aquí condensadas las palabras que si reinan en el frontispicio de las casas humildes podemos entrar en ellas con mucha más confianza que en cualquier palacio.

Rafael y Jimenita trabajaban en el mismo despacho, olvidando con su amor todo cuanto no fuera presente y futuro. Aurea, con su pequeño se quedó por unos meses en Barcelona y René se fué a trabajar a orillas del Ródano, todo por no dejar a sus hermanos tan pronto. Y volvió a renacer la alegría, el entusiasmo, la juventud. Rehecho el sumario, vióse por aquellos días la causa contra el chofer. Jimenita no descansó un minuto, buscando y rebuscando testimonios, arrancando de boca de los agentes que le ayudaron en la estafada a Rodolfo, lo que contenían aquellas cartas, y delante testigos fué presentando documentos. Sus compañeros todos de trabajo, se levantaron en vilo como una sola voluntad declarando la verdad, «únicamente la verdad», y por último, el pobre hombre, que en aquellos días de cárcel se había convertido en una piltrafa humana, vióse también absuelto.

Sólo entonces, sólo cuando vieron que la mano justiciera era libertada, pudieron celebrar con un «¡al fin triunfantes!» el éxodo que aquel malvado Rodolfo les hizo llevar mientras tuvo vida.

Y cuando el pobre hombre, inconsciente aunque aparentando serenidad fué puesto bajo la luz acariciadora del sol, se encontró con Jimenita que le decía:

— ¡Ve, usted, ve usted! Ahora a olvidar, a trabajar nuevamente, a reponer la vida, a luchar con más brío que nunca. Se ha arrancado la hierba podrida y se ha de sembrar y ayudar luego a la buena que crece, que no tiene usted a nadie, pues... — y Jimena,

mirando a su Rafael que comprendió el pensamiento y asintió — pues... ¿no nos tiene usted a nosotros, no somos nadie para usted? Con su buena acción me puso usted en la calle, pero ahora va a venir usted a nuestra casita y vivirá en ella como si fuera nuestro padre.

Y sin esperar respuesta le tomaron por cada brazo y se lo llevaron jubilosamente hacia su nido de bellos amores.

Días después se recibió carta de René. A Aurea, como siempre que leía algo de su amado, el pulso le temblaba a más no poder. Pero esta vez lanzó un grito de júbilo:

— ¡Rafael, Jimena! ¡Venid, venid! ¡Ay! yo no sé lo que me pasa; esto es demasiado, ¡qué alegría! — y tuvo que descansar, ya que la grata nueva se hacía cada vez más difícil de ser expuesta —. ¡Pues, figuraos... figuraos... nada menos... en cuánto lo sepáis... pero yo no me lo explico...!

Jimena, riendo, le interrumpió:

— No, ni nosotros tampoco, si no te explicas antes.

— Pues es el caso que René me anuncia que va a venir a trabajar aquí en Barcelona; su misma fábrica le empleará en una filial de aquí, y así estará al lado vuestro y de su madre, y ya no tendremos que separarnos jamás.

La noticia fué recibida con aplausos fervorosos y con alegría general; no cabían en sí de gozo, y hasta el viejo sintió contagiarse la risa retozona y se atusaba el bigote con un gesto cómico que hizo estallar una carcajada.

Jimenita, que sentía por él una preferencia muy comprensible, se le acercó diciéndole:

— Oiga... ¿cómo se llamaba su hijo? — los ojos del viejo se abrieron con sorpresa.

— Pequeño, mi niño, mi ángel, mi rubio...

— No, me refiero a su nombre verdadero.

— Emilio, Emilito, Emilín... según...

— Pues... — y acercándose más a su oído le di-

jo —: si es niño, se va a llamar Emilio, y si es niña Emilia. ¿Está usted contento?

— ¿Le vais a poner como él? ¿Le llamaré como él? ¡Luego, será como si fuera hijo mío! También me lo subiré a las rodillas, también podré acariciarle. ¡Emilio, Emilio mío! — y esta vez ante la esperanza de recobrar un hijo se le saltaron las lágrimas como cuando lo perdió. No, no se habían secado las fuentes del corazón, volvían a manar como bálsamo redentor por la cara arrugada y hasta pareció que todo su cuerpo recobraba la agilidad de antaño.

Y la grata nueva anidaba en todos los espíritus con la deliciosa espera del hijo, y esta vez sí que la frase salía con énfasis de sus labios trémulos: ¡por fin, triunfantes!

EDICIONES DE «LA REVISTA BLANCA»

	Rúst.	Pasta
MI DON QUIJOTE, Federico Urales, dos tomos . . .	5'00	7'00
RENACER, Federico Urales	2'00	3'00
SEMBRANDO FLORES, Federico Urales. Económica.	1'25	
SEMBRANDO FLORES, Federico Urales. Ilustrada.	2'75	4'00
LOS HIJOS DEL AMOR, Federico Urales.	1'50	2'50
LAS MÁRTIRES, Federico Urales	1'50	2'50
LA VICTORIA, Federica Montseny.	2'00	3'00
EL HIJO DE CLARA, Federica Montseny	2'00	3'00
LA INDOMABLE	1'00	2'00
LA MULATA, A. del Valle	1'25	2'25
LA REACCIÓN Y LA REVOLUCIÓN, Pi y Margall.	4'00	5'00
EL AVENTURERO DE AMOR, Han Ryner	2'50	3'50
NÁUFRAGOS, A. del Valle	2'00	3'00
CÁNTIGA DE MONTAÑA, Elías García	1'00	
FLOR DESHOJADA, Federico Urales	1'00	2'00
ALMANAQUE DE «LA NOVELA IDEAL», 1927.	1'00	2'00
ALMANAQUE DE «LA NOVELA IDEAL», 1928.	0'80	1'80
«LA NOVELA IDEAL», veintiocho tomos. El tomo.		2'60
«LA REVISTA BLANCA», diez tomos. El tomo.		12'50
JESÚS ES UN MITO, George Brandés.	1'75	2'75
EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL CERVANTES, Han Ryner	2'00	3'00
LOS DEPORTADOS, Charles Malato.	3'00	4'00
ELISEO RECLUS. La vida de un sabio justo y rebelde, Max Nettlau, dos tomos. El tomo.	3'00	4'00

LA REVISTA BLANCA

Ciencia, sociología y arte. Publicación semanal. Veinticuatro páginas. Suscripción, 6 pesetas semestre. Número suelto, 0'25 pesetas. Administración: Escornalbou (antes Guinardó), 37. — Teléfono 51780. — Barcelona

